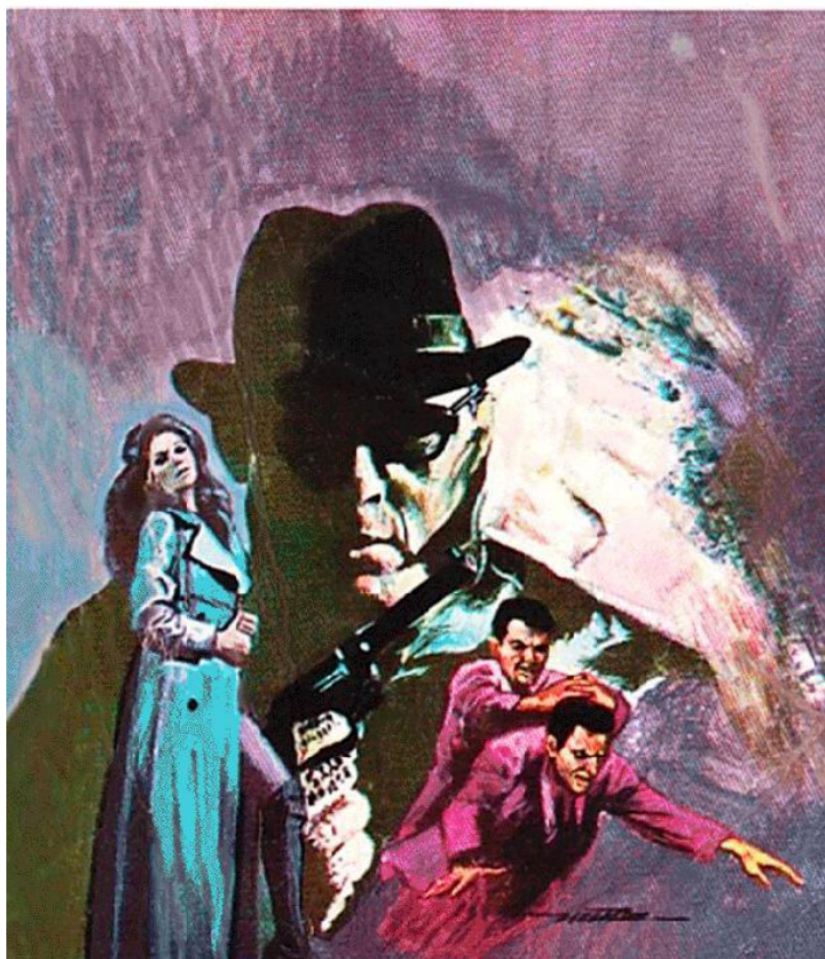




# el forastero de la ciudad olvidada

vic logan





COLECCION

# PUNTO ROJO







VIC LOGAN

## **EL FORASTERO DE LA CIUDAD OLVIDADA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 591

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





Déposito legal: B 24.152 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1973

© VIC LOGAN - 1973

texto

© JORGE NUÑEZ - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.200. — En pugna con la ley.

En Colección PUNTO ROJO:

579. — Los muertos no dejan huellas.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888. — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

761. — Todos contra un hombre solo.

En Colección BRAVO OESTE:

584. — Parejas de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

864. — Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

766. — Los salvajes de Río Grande.



## CAPÍTULO PRIMERO

Mac Nally dejó la carretera general para desviar su «Ford» modelo 68 por la desierta carretera secundaria.

Los últimos rayos del sol de otoño habían abandonado el desolado panorama, y el conductor encendió los faros y las luces de situación para seguir marchando a velocidad moderada.

Miraba alrededor aunque no había mucho que ver. Llanura, llanura y más llanura.

Siguió masticando un chicle y decidió poner la radio.

A medio kilómetro encontró un destartalado indicador: «Doolittle, 3 kilómetros».

Recorrió otros quinientos metros y al cruzar un camino vecinal vio asomar un automóvil oficial, con el distintivo de la policía local.

Un alguacil uniformado liaba perezosamente un cigarrillo, trabajo que suspendió para clavar sus ojos en el «Ford» de Mac Nally, que avanzaba a unos veinte kilómetros por hora como máximo.

Mac Nally miró a su vez al agente, al que le sonrió un tanto despectivamente.

—No sé cómo pueden vivir en un sitio como éste —murmuró entre dientes, dejando al policía atrás, que continuó pacientemente liando su pitillo.

Poco después Mac dejó la carretera, virando a la izquierda para entrar en lo que parecía ser la calle principal y quizá la única de un pueblo por el que no parecía haber pasado el progreso.

Era una calle ancha y más bien corta, con edificaciones de madera a ambos lados.

Cualquier aficionado al cine hubiera esperado ver aparecer vaqueros y hombres armados, porque todo el panorama recordaba perfectamente las viejas ciudades del lejano Oeste popularizadas por el cine.

Lo único anacrónico era el auto de Mac Nally. Aun siendo un modelo antiguo, desentonaba en aquel lugar.

Y estaba desierto, como si no hubiera un ser viviente en ninguna parte.

Con marcha más lenta aún de la que había llevado, Mac recorrió la calle mirando a ambos lados.

El piso no había sido pavimentado y el paso del automóvil, unido a la suave brisa del crepúsculo, levantaba una polvareda rojiza.

Mac Nally puso la radio del coche y una musiquilla suave actuó como música de fondo que ante aquel panorama sonaba como irreal.

Hacia el fondo, a un cuarto de kilómetro, cuando el pueblo parecía finalizar, hacia la derecha se abría otra calle, formando al principio una plaza. Allí había el único edificio de ladrillo, donde podía leerse: «Oficina del *Sheriff*».

En la puerta había una motocicleta, y un hombre alto, corpulento, estaba manipulando en la máquina. Se volvió al percibir el suave ruido del «Ford».

Mac Nally observó la placa que lucía en la uniformada camisa del agente. Su distintivo era el de jefe.

Mac Nally, siempre en silencio, viró, dando la vuelta a la plaza, y continuó por la otra calle.

Las casas ahora se sucedían mucho más espaciadas. Todas ellas tenían a los lados zonas ajardinadas en completo descuido, como si una prolongada sequía o la desidia de sus moradores, si los había, hubiera condenado la tierra al más absoluto abandono.

En alguna parte vio una furgoneta junto a un almacén, y algo más allá, un camión viejo y con las ruedas llenas de fango seco.

Cuando ya todo parecía haber terminado, en lo que a construcciones se refiere, surgió ante sus ojos el edificio de ladrillo, tan descuidado como los demás. Mac Nally leyó:

«News-Bar».

Antes las letras debieron ser luminosas, pero el neón estaba roto y sólo quedaba el esqueleto metálico.

Una mujer oronda y fea estaba tras los cristales, como un mal reclamo, porque su presencia no invitaba ciertamente a entrar.

Mac Nally, sin embargo, detuvo el auto y avanzó hacia el

establecimiento.

Desde fuera podía verse que estaba vacío..., a excepción de un cliente con aspecto de borracho que apoyaba la cabeza sobre la mesa, donde tenía una botella y un vaso vacíos.

La mujer oronda, pintarrajeada como un cromo y que parecía llevara siglos sin peinarse, miró con recelo a Mac Nally, que preguntó en tono sarcástico:

—¿Siempre está tan animado los viernes por la noche?

—¿Has visto algún cementerio animado, forastero? —respondió a su vez la mujeruca, con voz cavernosa.

—Sí... Algo tiene ese agujero de lo que has dicho...

Tú y ese que duerme sois las únicas personas normales que he visto... Suponiendo que el viejo esté vivo.

—Está borracho tan sólo. Y no me extraña que no hayas visto a nadie más. Aquí no hay nada que ver. Lárgate, tú eres muy joven.

—Joven con experiencia —sonrió Mac, acercándose al sucio mostrador, donde pasó un dedo por él y lo retiró negro de polvo—. ¿Los vasos están tan limpios?

—Si has venido a reírte, pasa de largo. Las *girls* no están aquí...

—¿No? ¿Dónde están esas *girls*?

La mujeruca se encogió de hombros. El borracho lanzó un ronquido y murmuró unas palabras ininteligibles.

Por la calle rugió una motocicleta y Mac observó que se trataba del agente con el distintivo de jefe, que aminoró la marcha al ver el «Ford» y miró hacia dentro para proseguir su camino.

—Ya has visto a otro —repuso la mujer.

—A ése ya le vi antes y a un compañero suyo, pero no me gustan los uniformes. Yo hablé de gente normal —y guiñó un ojo a la pintarrajeada dueña del establecimiento.

—Tú has venido a burlarte. Eres uno de «ellos».

—¿De quiénes?

—De «ellos». Yo ya me entiendo. Vamos, lárgate.

La mujer había pasado al otro lado del mostrador, donde tomó una botella y un vaso y se sirvió algo que olía a alcohol de quemar.

—Si tienes una cerveza fría, te pagaré cinco dólares por ella —repuso Mac.

—Se acabó la cerveza.

—Te daré lo mismo por un sorbo de lo que tú bebes...

—Escucha, niño bonito, tengo edad para ser tu madre. ¿Comprendes?

—¿De veras eres tan vieja, encanto? Te advierto que yo ya he cumplido los veintiséis.

—¡Al diablo! ¿Qué buscas?

—A un amigo. Se llama Teddy... Teddy Smirnow.

—Lo suponía. Vienes a armar jaleo, ¿eh?

—He dicho que se trata de un amigo. ¿Le conoces, sí o no? —Y Mac Nally jugueteó con un billete de cinco dólares.

La mujeruca, tras un silencio, se encogió de hombros.

—¡Yo qué sé!

—¿Tan poco te gusta el dinero? —Y Mac Nally adicionó otro billete de la misma cuantía y se abanicó con ambos.

—Yo no conozco a nadie. La juventud pasa de largo y los viejos están muertos... Puedes ir al parador. Es allí donde se reúnen los gamberros de la comarca.

—¿Es todo lo que sabes? —inquirió Mac Nally.

Por toda respuesta, la mujer tomó un vaso y sirvió una porción de la pestilente botella, que ofreció al joven.

Mac Nally dejó los dos billetes sobre la mesa y murmuró:

—Gracias, soy abstemio —y dejó los diez dólares para volver a dirigirse hacia el coche.

Cuando se hubo alejado del local, carretera adelante, la mujeruca zarandeo al borracho.

—¡Eh, Pat, Pat..., despierta!

El borracho se desperezó. Indudablemente, no sabía ni siquiera dónde se encontraba.

—Pat, Pat...

—¿Qué... qué pasa?

—Si eres capaz de andar medio kilómetro, ve a casa de Lou Charlie.

—¿Lou Charlie?

—Sí, Lou Charlie. Dile que venga. Creo que puede ser productivo... ¡Anda, muévete, o no voy a fiarte un solo dedo de *whisky* nunca más! ¡Vamos, vamos! El fresco te hará bien... Recuerda... Leu Charlie. Le espero cuanto antes.

El borracho se alejó tambaleándose. La mujer vació de un trago el contenido del vaso que había llenado para Mac Nally. Luego, su

arrugado rostro se transformó en una extraña mueca. A su lado, el  
esperpento sonreía.

## CAPÍTULO II

La gasolinera estaba a unos cuatro kilómetros del bar de la mujer oronda. Junto al viejo edificio se encontraba otro con pintura menos reseca y un anuncio visible por un par de bombillas oscilantes: «Pin-Balls».

Mac Nally bajó del coche y dijo al encargado:

—Llene el depósito.

Señalando el local, preguntó:

—¿Es esto el parador?

—No, más abajo. En el cruce.

—Por ser un pueblo tan pequeño, todo queda lejos...

El empleado no contestó.

—¿Cuántos habitantes tiene Doolittle? ¿Cinco?

El de la gasolinera, un tipo de mediana edad, sucio como el conjunto, se encogió de hombros.

—No hable tanto, amigo. Va a coger faringitis... Límpieme el coche mientras echo un vistazo ahí dentro.

Mac Nally pasó al local. Allí vio alineados a uno y otro lado de la pared Pin-Balls y otras máquinas automáticas. Algunos jóvenes las manejaban, mientras una música ensordecedora retumbaba por el interior de la barraca, que al fondo se ensanchaba para dar paso a una raquítica barra de bar donde un barman desgredado servía a un par de melenudos.

Un teléfono colgaba de una pared y Mac Nally se dirigió hacia él. Antes de que tomara el auricular, el desgredado del bar le informó con sequedad:

—No funciona.

—Me lo estaba temiendo —sonrió Mac Nally, con su clásica indolencia.

Se fijó en el otro lado. Había una chica rubia y otra morena. Ambas jóvenes, como de unos veinte años, acaso veintiuno. Iban

ambas muy ligeras de ropa, buen escote y faldas excesivamente cortas.

Mac Nally se fijó bien porque la anatomía de ambas féminas era de lo más exuberante y provocativa. Discutían con tres chicos.

—Pues yo os digo que os larguéis a paseo. Ya es la segunda vez que pasa lo mismo. ¡Te lo advertí, Jerry! —decía la rubia.

De los lavabos salieron otro par de chicas, menos agraciadas, pero con idénticos alardes exhibicionistas.

—¿Todavía estáis discutiendo? —preguntó una de ellas.

—Marina no está contenta si no puede llevar la voz cantante —repuso el llamado Jerry, alto y fuertote, pero con expresión de patán.

Mac Nally paseó la mirada por el resto del local y se detuvo en una cabina de grabación de discos.

Tuvo una idea.

Se metió en la cabina y cerró la puerta, colocándose seguidamente delante del micrófono incorporado.

«Deposite medio dólar», leyó.

Lo hizo y se encendió una luz roja. En otro lugar indicaba:

«Pulse el botón y espere aparecer la luz verde, entonces podrá grabar. Tiene dos minutos de tiempo».

Mac Nally pulsó el botón y aguardó la luz verde. Escuchó un chasquido y enseguida el pequeño motor en marcha que indicaba que un disco virgen estaba rodando ya.

—Estoy en Doolittle. El lugar más extraño que he visto en mi vida. Aunque ya me temía algo parecido. En verdad es un sitio pintoresco. Aquí parecen haberse detenido todos los relojes. Y hasta la gente. Bueno, no todos —rectificó al ver pasar a la airada rubia que indudablemente seguía discutiendo.

La rubia se detuvo dando la espalda a la cabina. Con su movimiento cimbreaba cintura y caderas. Mac Nally sonrió divertido. Tenía todo un espectáculo ante sí.

—La verdad es que hay cosas que valen la pena. ¡Sí, señor! Valen la pena. —Hizo una pausa y pudo escuchar las voces ahogadas por la puerta de la cabina. La discusión proseguía. Mac Nally también continuó hablando—. He preguntado por mi viejo amigo, pero en esta clase de sitios la gente no suele ser muy locuaz.

La rubia se alejó gesticulante y Mac Nally pudo ver a través del

cristal de la cabina cómo las miradas de los chicos se volvían hacia ella.

Mac Nally concluyó su grabación:

—Bueno... Probaré de nuevo la suerte. Creo que vale la pena. Luego registraré los resultados.

La rubia salía ya del local y Mac Nally abrió la puerta para dirigirse en pos de ella que gritaba:

—¡La próxima vez saldré con el primero que encuentre!

Mac Nally aguardó a que el disco saliera, pero aún estaba rodando. Pensó que si seguía esperando la rubia se le escaparía y salió sin recogerlo.

Rápidamente alcanzó el exterior. Ella se dirigía hacia la gasolinera, donde el encargado estaba limpiando el parabrisas del «Ford».

—¡Eh! —llamó Mac Nally.

La muchacha se volvió. Le miró de arriba abajo. Mac Nally ya había soportado miradas como aquéllas. En general, quienes se las dirigían quedaban plenamente satisfechos a primera vista, porque a sus veintiséis años, unía una vitalidad que saltaba por sus poros, un porte atlético y sobre todo aquella sonrisa casi contagiosa.

—Te llamas Marina, ¿verdad? Espero que seas una chica de palabra y cumplas lo que has dicho hace un momento.

—¿Quién diablos eres tú? —murmuró ella.

—Bueno, considérame el primero que se presenta.

—¿De qué demonios hablas?

—Te oí discutir ahí dentro, preciosa. La verdad es que ando perdido por ahí y no me satisface la idea de conducir de noche. Me han dicho que hay un buen lugar por aquí para que uno pueda divertirse, pero solo y forastero...

Ella volvió a repetir su mirada escrutadora.

—Bueno. Si no te caigo bien, dilo. No se trata de ir ante un juez de paz para que nos eche las bendiciones. Sólo de bailar un rato y charlar, hasta que uno de los dos se canse.

—¿De dónde eres? —preguntó ella cambiando su tono de voz desabrido y airado por otro que indicaba un cierto recelo mezclado con abundante dosis de curiosidad.

—De muy lejos. De un pueblecito llamado Nueva York. ¿Has oído nombrarlo?

—¿De Nueva York? ¿Te burlas?

—De ti no, preciosa. Sólo para verte valía la pena hacer el viaje. Ya había olvidado lo que era una persona normal.

—Esto ya está listo, amigo —interrumpió el de la gasolinera.

Mac sacó algunos billetes del bolsillo, demasiados para lo que se acostumbraba ver en aquellos sitios y pagó al hombre.

—Guárdese la vuelta —dijo y luego volvió a mirar a la muchacha y abrió la portezuela del coche del lado opuesto al del volante.

—No es un «Cadillac», pero no tiene averías.

Jerry, el que había discutido con ella, salió y corrió hacia ella.

—¡Eh, Marina! He estado hablando con los chicos. Si quieres podemos ir el sábado que viene a...

Si algo faltaba para que la rubia se decidiese a aceptar la invitación de Mac Nally fue la presencia de Jerry, y en consecuencia le soltó:

—¡Se acabó! Ya tengo quien me acompañe.

—¿Te vas con ése? —inquirió.

—¿Tienes algo que objetar, amigo? —sonrió Mac Nally. Jerry, sin hacerle caso, se aproximó a la rubia y muy cerca le dijo:

—A tu hermano no va a gustarle.

—¿Y qué? Yo hago lo que quiero.

—No le gusta que salgas con forasteros.

—Yo sé cuidar de mí misma, Jerry. ¡Y déjame en paz!

Jerry la sujetó por el brazo.

—Eres una condenada inconsciente. Te gusta jugar. ¿Eh?

—¡Suéltame, Jerry! ¿Quién te has creído que eres?

—No, primero escúchame a mí, mocosa.

—¡Suéltame! —gritó ella.

Mac Nally se aproximó conciliador, pero con dinamita en sus palabras y fuego en su mirar:

—Ya lo ha oído, amigo. Suéltela. Tengamos la fiesta en paz.

Jerry se volvió hacia el forastero, pero no pudo resistir la dura mirada que le lanzaba y sostenía Mac Nally. Soltó a la chica y murmuró algo entre dientes, mientras Marina subía ya al «Ford».

El se sentó a su lado y puso en marcha el auto. Durante los dos primeros kilómetros ninguno de los dos despegó los labios.

—Bueno... ¿No me preguntas por qué hago esto?

—¿Qué es lo que haces, encanto?

—Salir contigo. No te conozco.

—Me llamo Mac Nally. Nett...

—¿Nett?

—Nathaniel, pero resulta demasiado largo. Algunos me llaman Mac, como ves tienes donde elegir.

Tras otro silencio, ella soltó:

—¡Jerry es un perfecto cretino! Pero ten cuidado. Es vengativo. No le ha gustado nada que salieras conmigo.

—Celebro que os hayáis peleado, eso me ha dado ocasión de conocerte.

—Te he dicho que Jerry es muy vengativo. ¿No te importa?

—Ya te he oído, nena, ya te he oído.

—Oye. Tú pareces de esos que no se asustan por nada. ¿Eh?

—Pues me asusto poco —sonrió él.

—¿Te crees superior porque vienes de Nueva York?

—Todo lo dices tú, preciosa.

—A lo mejor no eres de Nueva York. Eres de Viviennes, o de Kiato, como casi todos los que van al parador.

—¿Viviennes, Kiato? ¿Son pueblos?

—Sí. Cada sábado vienen muchos de allí y siempre se arma jaleo, por eso Jerry no quiere ir. Yo le he dicho que si no sabe defender a una chica que no la invite.

—¡Qué interesante! ¿Y a ese sitio es al que vamos?

—¿Pues dónde se puede ir aquí? ¿Estás arrepentido?

—Al contrario. A lo mejor encuentro a un viejo amigo. Se llama Smirnow. Teddy Smirnow. ¿Le conoces?

—No. Nunca lo he oído nombrar. ¿Y es de la comarca?

—Alguien me dijo que lo había visto por aquí, pero si hay tantos pueblos...

—Esto pertenece al condado de Oldways.

—Del Estado de Oklahoma, querida. Lo sé. Conozco la geografía de mi país, y uno se da cuenta de lo grande y variopinto que es cuando conoce lugares como éste. Palabra que alguna vez escribiré algún libro de este sitio.

—¿Eres escritor?

—No, pero podría ser un buen momento para empezar a serlo.

—Te estás burlando...

Había oscurecido ya por completo, y el guiño de un luminoso evitó a Mac Nally tener que contestar. Habían llegado a El Parador.

En aquel preciso momento, un tipo albino de ojillos pequeños y ceño fruncido ponía en marcha una furgoneta delante del bar de la mujeruca oronda y maloliente que le estaba hablando desde la calle pegada a la ventanilla.

—Espera, espera a que cierre, yo iré contigo y así te indicaré quién es.

—Puedo ir solo. Ya me las apañaré.

—No, no, es mejor no fallar. Te digo que hay pasta a ganar.

—¿Cómo se llama el sujeto?

—No lo sé, pero busca a Teddy Smirnow. Éste es el nombre que dijo.

—Está bien, sube y larguémonos.

—Espera a que cierre, Lou, espera a que cierre. —Y la oronda mujer lanzó un grito hacia dentro donde el borracho había empezado a beber.

—Vamos, largo ya. Voy a cerrar.

—Te he hecho un favor —repuso el hombre.

—Coge una botella y ve a emborracharte a otra parte. ¡Muévete!

Poco después el borracho salía con la botella que sujetaba como un trofeo y la mujeruca cerraba con la llave la puerta de cristales y con mayor agilidad de la que por su aspecto aparentaba, se metió en la furgoneta que el tipo de rostro albino hizo arrancar de inmediato.

### CAPÍTULO III

En el interior de El Parador, el ambiente era ensordecedor, la música obsesiva y las luces, en su continuo encenderse y apagarse, una auténtica tortura para quien no tuviera experiencia de concurrir a locales de aquella índole.

El alcohol corría con generosidad, incluso para los menores. Allí nadie preguntaba la edad de la concurrencia y los camareros que bien poco conocían el oficio —quizá porque eran cualquier cosa menos camareros— iban y venían empujando a las parejas y derramando líquido, a menudo, sobre más de uno.

—Al principio nadie se enfada —decía la rubia Marina— pero ya verás cuando se caldee el ambiente.

—¿Y eso te divierte?

—¿Es que no ocurre en Nueva York?

—Allí suceden cosas peores —sonrió él.

Bailaban, y Mac Nally no dejaba de observar a las otras parejas o chicos sueltos en grupos que por falta de pareja se limitaban a mirar o a bailar solos.

—¡Eh, Matusalem! Sigue el ritmo —protestó ella.

—¿Cómo me has llamado?

—¿Estás viejo ya para estos trotes o qué te pasa?

—Espera a que yo me caldee también, muñeca —sonrió guiñándole un ojo.

—Estás mirando a todas partes. Buscas a ese amigo tuyo.

—Estoy buscando los lavabos. Éste no es lugar para mi amigo. Al menos eso creo. Aunque uno nunca acaba de conocer bien a las personas.

—¡Haberlo dicho antes! Es al fondo. Hay un corredor. Detrás de una puerta. ¡Me refiero al lavabo!

—¿No te importa quedarte sola?

—No querrás que te acompañe, ¿eh?

—Bien, quédate sentadita, ¿eh? —repuso él y comenzó a abrirse paso y a seguir mirando. No era fácil reconocer a nadie, y por otra parte, melenas y barbas contribuían a sembrar el confusionismo.

Las luces seguían con sus guiños obsesivos y el ruido de los amplificadores amenazaba con reventar los tímpanos de la clientela.

Mac Nally se fijó en la cabina del *disc-jockey* que cuidaba de que todo marchara normalmente.

Envuelto en las sombras en lo alto de su trono el *disc-jockey* parecía el sumo sacerdote de un aquelarre. Se movía al compás de la música, mientras graduaba constantemente el volumen y seleccionaba los discos.

Mac Nally llegó al fin al corredor y entró en el lavabo de hombres. Al otro lado, dos metros más allá, estaba la puerta del departamento femenino.

Una doble puerta aislaba el ruido de la música que sonaba en la sala.

Al fondo del corredor había una puerta y una ventana. Ambas comunicaban con el exterior según Mac Nally pudo comprobar. Y el exterior era como un inmenso desierto que se prolongaba hasta allí donde alcanzaba la vista. Ahora, en la noche, todo estaba oscuro, sólo llegaba parte de la luz de la fachada principal, pero no era suficiente para alumbrar el desolado panorama.

Mac Nally salió del lavabo en el momento en que sonaron las dos detonaciones. Fueron como dos cañonazos que le dejaron inmóvil.

¿De dónde habían surgido?

De la sala era imposible porque el ruido de la música hubiera ahogado las explosiones.

Entonces...

Escuchó el ruido, un breve cuchicheo y se orientó enseguida. ¡Habían salido de los lavabos de señoras!

Se escondió rápidamente en los de hombres adivinando que alguien iba a salir.

Pegado a la puerta pudo escuchar una voz que cuchicheaba:

—¡Imbécil! ¡Pueden haberte oído!

—¡Con esa música nadie puede oír nada! —repuso otra voz.

—¡Vamos! ¡Date prisa! —susurró el que había hablado primero.

Mac Nally entreabrió la puerta y pudo ver a dos hombres que le

daban la espalda por completo. No supo por qué pero le parecieron jóvenes ambos.

En realidad lo que más llamó su atención fue el cuerpo que transportaban.

Era el de una chica de larga cabellera negra que colgaba, arrastrándose por el suelo.

La chica solamente llevaba puesta la ropa interior.

Mac Nally sólo podía ver la escena a través de una pequeña abertura.

—Suéltala y abre la puerta —dijo el que cogía los pies de la chica.

El otro obedeció.

—El coche está fuera —dijo.

Mac Nally vio el rostro del sujeto. No se había equivocado. Tenía unos veintidós años poco más o menos, era rubio, vestía con pantalón tejano y chaqueta de cuero abrochada al cuello.

También se fijó en el rostro de la joven. Era hermosa. No había duda de que estaba muerta. Gotas de sangre iban tiñendo el suelo de cemento.

—¡Maldita sea! ¡Habrà que limpiar esto! —dijo el que acababa de abrir la puerta.

—¡Luego, luego! —repuso el otro.

Sacaron a la chica fuera dejando abierta la puerta. Jadearon al bajarla por los escalones.

Mac Nally corrió hacia la puerta y se pegó a un lado, sin asomarse a fin de que no pudieran verle.

Las dos sombras con la carga macabra se alejaron hacia el fondo, moviéndose en la oscuridad. Uno de ellos tropezó con algo y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Mac Nally se fijó en la furgoneta que antes no había visto. Metida entre las sombras era casi imposible reparar en su presencia, pero ahora sí podía oír al menos las ahogadas exclamaciones de los dos asesinos.

Mac Nally pensó en lo que había visto y oído, y sus ojos se volvieron hacia las manchas de sangre que habían quedado en el corredor. Decididamente entró en el departamento de lavabos de señoras.

En la pequeña salita donde estaban las piletas de los lavabos y el

espejo, en el suelo había una gran mancha de sangre.

Miró alrededor. No había nadie. Sólo las puertas de los excusados. Se aseguró que no había nadie dentro, cuando de pronto escuchó unos pasos. Se encerró en uno de los excusados y aguardó, aguzando el oído. Apenas pudo ver nada, excepto el leve ruido de algo que estaba fregando el suelo.

«Están limpiando la sangre», pensó.

Abrió lentamente la puerta y vio al mismo sujeto de antes con un trozo de manta limpiando el suelo.

El tipo rubio se volvió para mojar la manta y a través del espejo vio la puerta semiabierta de Mac.

Mac Nally advirtió que había sido descubierto y abrió de golpe.

El otro buscó algo entre sus ropas. El revólver probablemente, u otra clase de arma, pero Mac Nally no esperó a averiguarlo y saltó sobre él obligándole a mantener los brazos apartados del cuerpo.

El joven intentó entonces golpearle a él, pero Mac demostró un perfecto conocimiento de las luchas a puñetazo limpio y una superior preparación física y sobrada experiencia. Con dos buenos quiebros desorientó a su enemigo.

Rápidamente Mac golpeó el abdomen de su rival, para asestarle un segundo puñetazo en pleno mentón.

El rubio fue a dar contra la puerta donde cayó de espaldas, consciente aún.

Ágil también se lanzó por entre las piernas de Mac Nally con intención de derribarle.

Cayó Mac, pero soltándose de inmediato se incorporó cuando el otro, en ágil salto, ya estaba en guardia.

Por segunda vez, Mac Nally desarboló la defensa de su contrario y le golpeó con mayor fuerza en el rostro. El gancho dejó tambaleante al rubio y antes de que pudiera reponerse Mac ya le había endilgado un *jab* dejándole definitivamente inconsciente.

Fue entonces cuando la puerta se abrió de golpe y apareció el otro.

Era un tipo de pelo castaño que llevaba barba. Se trataba del compañero y cómplice del rubio, a quien Mac Nally no había podido ver el rostro hasta aquel momento.

Pero no fue su figura impresionante lo que hizo vacilar al forastero, sino el revólver qué empuñaba.

Mac Nally le miró a los ojos. Comprendió que aquel tipo, que más o menos contaba su misma edad, estaba asustado, asustado porque se creía descubierto.

Mac Nally debía saber que un hombre asustado resulta muy peligroso, porque es capaz de cualquier cosa, y aquel individuo ya había demostrado por lo menos que era capaz de matar.

La escena pareció prolongarse lentamente sin que ninguno de los dos hombres despegara los labios.

El de la barba y la pistola miró a su compañero y al fin decidió:

—Levántelo y sáquelo fuera. ¡Muévase! Y cuidado con lo que hace, o usaré la pistola.

La mano de aquel tipo temblaba peligrosamente. Si el gatillo del arma que sostenía era demasiado ligero, Mac corría un terrible peligro.

—Vamos —insistió el otro moviendo la mano.

Mac Nally obedeció.

Se acercó al rubio y lo levantó.

—Sáquelo fuera. De prisa, deprisa —dijo, mientras él se quedaba detrás sin dejar de apuntar con su pistola.

Mac Nally había cogido al rubio por los sobacos y lo arrastraba, de espaldas a la puerta lateral, por donde habían sacado el cuerpo de la chica.

Al bajar por la escalera, siempre bajo la mirada atenta del que le encañonaba, vio la oportunidad para escapar de aquel peligro y la puso en práctica.

Había levantado algo más el cuerpo aún exánime del rubio y escudándose en él se dejó caer.

—¡Quieto! —gritó el otro.

Mac Nally rodó sujeto al rubio y el otro, por temor a herir a su compinche, se abstuvo de disparar, lo que dio tiempo a Mac Nally para correr hacia la esquina del edificio y desaparecer por la lateral.

El de la pistola no vaciló en seguirlo, pero perdió unos segundos preciosos y Mac Nally había alcanzado otra vez la puerta principal. Entró de nuevo en la sala y enseguida estuvo mezclado entre la gente.

Entretanto, el rubio comenzaba a recobrar el sentido. El de la pistola vaciló. Tenía un cadáver en la furgoneta y a su amigo a quien atender. Decidió primero volver con su compinche, mientras

Mac Nally buscaba a Marina.

La música seguía al mismo ritmo, las luces eran tan obsesivas como antes. Para todo el mundo seguía la fiesta y el ambiente estaba ya un poco más caldeado. Sobresalía alguna voz y se oían risotadas de hombres y gritos histéricos de muchachas.

Marina seguía sentada siguiendo el compás del ritmo con sus hermosas piernas.

—¡Ya era hora! ¿Qué diablos estabas haciendo? —increpó la muchacha al reconocerle.

—Nada, querida. Lo normal. Vamos a bailar. ¿Eh?

Pero en realidad, Mac Nally, lo que hizo cuando se juntó con la chica para seguir el ritmo de la música fue mirar si los asesinos habían vuelto a la sala.

Sabía que querían eliminarle y tenía que estar precavido.

## CAPÍTULO IV

El rubio y el de la pistola no tardaron en aparecer. Mac Nally los vio hablar mientras recorrían con la mirada todo el local. ¡Le buscaban a él!

Luego vio cómo el rubio se alejaba dejando en la sala a su compinche.

De pronto, al cambiar el disco, varió el ritmo. La estridencia había dejado paso a los lamentos electrónicos de una composición más suave que actuaba como respiro.

Mac Nally bailó materialmente abrazado a Marina, pero procurando atraerla hacia la salida de los lavabos, mientras no perdía de vista al de la pistola que seguía buscando.

—Oye..., ¿siempre bailas así? —murmuró ella.

—Suelo hacerlo mejor pero ahora... tengo algo en qué pensar.

—Escucha, si te aprovechas conmigo para pensar en otra... —empezó ella.

—No digas nada y sigue bailando.

—Pero..., ¿dónde vamos si puede saberse? —protestó ella.

—Por favor, Marina. Ya te lo explicaré. Sígueme.

Seguían bailando pero aproximándose más a la salida de los lavabos.

—Empiezas a hacer cosas extrañas —protestó ella nuevamente.

—Ahora sígueme. De prisa, pero sin llamar la atención. —Y Mac Nally tiró de la muchacha obligándola a seguirle hasta los lavabos.

Ella interpretó la acción de otro modo.

—Oye, chico... Creo que esto no es...

—Marina —espetó él cerrando la puerta tras de sí.

—Quiero ir fuera —gritó ella al ver que Mac Nally se apoyaba contra la puerta para impedirla salir.

—Escucha, encanto, estoy tratando de decirte...

—Si quieres besarme hazlo allí, delante de todos. No me gusta

andar a escondidas y...

No había forma de hacerla callar. Era una muchacha agresiva. No le gustaba que nadie le llevara la contraria y Mac Nally pensó que sólo había un modo de cerrar la boca. Y lo puso en práctica.

Juntó su boca a la de ella. La aplastó materialmente con un beso que al principio halló alguna furiosa resistencia, pero al fin, Marina, completamente dominada por Mac, le devolvió el beso. Entonces ya todo fue cuestión de saber aguantarse la respiración.

Mac se soltó muy a pesar suyo. Jadeante pudo murmurar:

—Encanto, tienes la boca más dulce y hermosa que he besado en mi vida, pero tengo que decirte...

Ahora fue Marina la que no le dejó hablar y casi tuvo que saltar para pegarse de nuevo a los labios del hombre.

Y otra vez fue él quién se soltó, pero no sin antes haber saboreado las caricias de la muchacha.

—Marina, podemos continuar esto un poco más tarde. Si es que aún seguimos vivos.

—No digas estupideces y...

—Marina. Hay un hombre con un revólver que nos está buscando.

—¿Eh? —Reaccionó ella, dejando de buscar los labios de Mac.

—Escucha. Está en la sala. Ha matado a una chica. Vi cómo la sacaban de los lavabos.

—¿Qué historia es ésta?

—No grites, Marina.

—¿Hablas en serio? —Ella bajó ligeramente la vez.

—Y muy en serio. Oye. He vuelto porque no me gusta dejar a las chicas plantadas. Así que... te acompañaré a tu casa, pero hemos de procurar que no nos vean juntos. El tipo ese está ahí.

—Dime quién es. Si es que no es un truco tuyo.

—No lo es, Marina. Han limpiado las huellas de sangre que había en el lavabo. ¡Y las de aquí! —añadió Mac Nally dándose cuenta de que las manchas que había sobre el pavimento del corredor también habían desaparecido.

Ella no estaba aún demasiado convencida. Mac Nally entreabrió la puerta y observó la sala.

—¡Ahí está! —exclamó cerrando la puerta de golpe—. Hay sólo uno, el rubio se largó. Supongo que habrá ido a hacer desaparecer

el cadáver de esa chica que han matado.

—Déjame ver —insistió ella y él entreabrió la puerta.

—Es el tipo que lleva barba. Y ese jersey de cuello alto.

—No veo a nadie.

Asomó Mac ligeramente y tampoco le vio.

—Estará mezclado con la gente, pero seguro que me está buscando. No hay tiempo que perder. Elige. Te acompaño o te quedas sola. No quiero que arriesgues la piel.

—Me está bien empleado por salir con desconocidos.

—Decide, Marina. ¡Alí! Y no te preocupes, continuaremos la fiesta otra vez.

—¡Ya continuarás con otra! ¡Yo me quedo!

Salió hecha una furia. Al cruzar por entre la gente, Mac Nally volvió a fijarse en el tipo de la barba que continuaba mirando en torno suyo.

Mac Nally cerró la mano derecha y se golpeó la palma de la zurda ahogando una maldición.

Entretanto, en la parte frontal del local acababa de detenerse un viejo «Chevrolet» bastante destartalada. De él se apearon Jerry y otros tres compinches. Dos de ellos estaban también en el local de máquinas automáticas de la gasolinera. Jerry señaló el «Ford» de Mac Nally.

—Ése es el coche —dijo a los otros.

—Humm —gruñó uno de ellos—. Estábamos bien con las chicas. ¿Por qué diablos quieres...?

—Ese forastero merece una lección. ¿O es que queréis volveros atrás?

—No, no. Jerry tiene razón. Si el tipo ha venido de Vivienes o de Kiato aprenderá una lección. Esos tipos se creen los amos. Vamos a dejar las cosas en su sitio.

No había nadie vigilando y los cuatro jóvenes se aproximaron al «Ford» que estaba en la parte lateral, entre las sombras.

Jerry no tardó mucho en desmontar algo del capó y advirtió a los demás.

—Eso no tiene pega. Podrá andar un par de cientos de metros nada más. Cuando se detenga y salga para averiguar lo que le ocurre le estaremos esperando.

—¿Y Marina? —preguntó uno.

—Ella no dirá nada —repuso Jerry, y continuaron manipulando.

Entretanto Mac Nally, si bien le molestaba dejar a la chica sola, pensaba en un par de cosas. En el peligro de mezclarla en el asunto y en algo que le atañía a él de modo personal, por lo que desistió de salir por la puerta trasera del local.

Dio la vuelta para aproximarse a la parte delantera y fue directo hasta su coche. Se metió dentro y aguardó unos instantes. Ya no había ni rastro de Jerry y sus amigos, y Mac tampoco podía sospechar que nadie hubiese manipulado en su vehículo.

Simultáneamente, la furgoneta en que viajaba Lou, el tipo albino, y la mujeruca del bar se había detenido en la gasolinera para repostar.

—Llévalo —dijo Lou al encargado.

Y mientras, Mac Nally decidió poner en marcha el «Ford». Había urdido un pequeño plan, quería hacer varias cosas, pero ignoraba que los acontecimientos iban a ser muy distintos a lo que él pensaba.

## CAPÍTULO V

Marina no quería quedarse sola. Si algo la molestaba era que pudieran pensar que alguien la había dejado plantada.

Enfurrugada decidió abandonar el local e irse con Mac Nally, pero diciéndole lo que pensaba de él. ¡Iba a oírle!

Salió echa una furia, pero ya era demasiado tarde, porque Mac había marchado.

Con los focos de su coche barriendo el camino, el joven intentaba encontrar huellas recientes. Huellas de la furgoneta.

De pronto, a unos doscientos y pico de metros, algo falló y el automóvil aminoró la marcha hasta detenerse.

—¡Qué diablos...! —empezó.

Dio gas, pero la chispa siguió sin prender.

Malhumorado bajó para levantar el capó y entonces vio el cable suelto. Algo que no le cupo la menor duda de que había sido hecho adrede.

Se volvió con un presentimiento y escuchó el ruido de algo que se movió a su entorno, al amparo de la oscuridad. La única luz era la del luminoso de El Parador, pero quedaba demasiado lejana para que pudiera alumbrar el tramo de camino donde él se encontraba.

Vio claramente a uno de los que trataban de rodearle.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —preguntó.

Reconoció la voz de Jerry. La había oído un par de veces pero la recordaba.

—Vamos a dejarte un recuerdo, forastero —le dijo.

Mac Nally pensó que del mal el menos, porque prefería habérselas con un grupo de pueblerinos gamberros y vengativos que con un asesino dispuesto a asesinarle para quitarle de en medio como testigo.

Primero se cercioró bien del número de enemigos que de un momento a otro iban a echársele encima. Dejó que su espalda

quedara protegida con la parte lateral del coche y aguardó a que sus rivales se le acercaran.

Cuatro. Los contó. Eran cuatro.

—Cuatro valientes que no se atreven a pelear de uno a uno. Bueno. Un poco de ejercicio siempre va bien.

Jerry iba delante, cubierto por otros dos amigos suyos.

Mac Nally parecía hombre acostumbrado a no prolongar demasiado las cosas. Sólo el tiempo justo. Pasó a la acción.

—Tengo muchas cosas que hacer, amiguitos, así que, acabemos pronto —se dirigió hacia uno de los que tenía más cerca, pero la acometida la lanzó contra Jerry que trató de dar primero, pero Mac Nally supo esquivar y dar a la vez. Jerry recibió un mazazo en el abdomen y quedó doblado hacia delante. El segundo golpe fue para el amigo que le flanqueaba por la izquierda.

—Maldita sea —exclamó el tercer atacante y se lanzó en plancha intentando derribar a Mac Nally.

Rodaron ambos por el suelo, pero Mac Nally se incorporó un segundo antes que su antagonista y le golpeó en pleno rostro, justo cuando el cuarto atacante había dado la vuelta al «Ford» para subirse encima y atacar por la espalda.

Llevaba una gruesa piedra en la mano y la levantó para dejarla caer sobre la cabeza de Mac Nally, en el momento en que éste, intuyendo el peligro, se volvía.

Pudo esquivar a medias solo, porque la piedra le alcanzó en el hombro.

—¿Te gusta jugar sucio, eh? —exclamó—. Ya me estáis cansando entre todos.

El tipo se lanzó contra él desde el coche, en el momento en que Jerry se incorporaba.

Mac Nally se apartó para que su acometedor enemigo cayera de bruces contra el suelo. Su cuerpo produjo un ruido seco y se oyeron crujir los huesos del que acababa de estrellarse.

Jerry consiguió alcanzar de refilón el pómulo derecho del rostro de Mac Nally que replicó con un uno dos rápido y contundente para remachar con un demoledor *jab* que lanzó a Jerry contra otro de sus jadeantes compañeros.

La pelea se estaba sucediendo a un ritmo endiabladamente ágil, y Mac Nally, desde el primer momento, se mostró como absoluto

dominante pese a la abrumadora superioridad de sus amigos.

Ahora conseguía conectar un gancho de zurda a otro de los cuatro, dejándole totalmente inconsciente.

Se revolvió para pegar de revés al hígado de otro oponente que por no esperar golpe tan preciso se retorció quedando a merced de Mac Nally que le remató con otro impresionante directo.

Jerry se resistía a salir derrotado y puesto en cuclillas, con la sangre manando de la ceja que Mac le había partido con un golpe, esperaba saltar sobre su enemigo como una fiera hambrienta y feroz.

Prácticamente solo quedaba Jerry en pie porque el que todavía conservaba el sentido, bastante tenía con reponerse.

—Yo que tú me volvería a casa, muchacho. Ya has intentado tu estúpida hombrada por esta noche —le advirtió Mac Nally.

—Eso lo veremos, amigo. Vamos. Acércate.

Entonces Mac Nally descubrió algo que Jerry llevaba en la mano. Era una navaja, la esgrimía, esperando que Mac se aproximara.

Los dos hombres, habituados sus ojos a la oscuridad, se observaban sin perderse de vista. Para Mac, cualquier distracción podía ser fatal.

En la oscuridad Marina avanzaba, atraída quizá por el sordo ruido de la pelea. O acaso había visto moverse las sombras en la oscuridad. Estaba como a un centenar de metros todavía.

Jerry saltó hacia adelante decidido a terminar de una vez con su enemigo.

Mac Nally había estado esperando la acometida que supo soslayar, saltando a su vez hacia un lado.

La navaja describió un rápido círculo en el aire y Mac pudo sujetar aquel brazo tan peligrosamente armado y retorcerlo con fuerza.

Jerry lanzó un grito gutural, y soltó el arma. Mac Nally, sin contemplaciones, dominante pleno de la situación, obligó a Jerry a que diera la vuelta y le pegó con la mano abierta hasta cuatro veces. La oscuridad impedía ver el color rojo del rostro del humillado y vencido Jerry.

—Ahora largaos los cuatro. ¡De prisa! No quiero que volváis a cruzaros en mi camino mientras yo siga en este infecto y asqueroso

agujero.

Los dos que habían quedado momentáneamente fuera de combate se estaban rehaciendo a duras penas. Jadeantes se levantaron, atemorizados por la presencia de Mac Nally que ya había demostrado su poder.

Maltrechos y con paso torpe los cuatro vengativos gamberros se alejaron, mientras Mac Nally ponía en orden sus ropas y relajaba sus músculos tras la reñida lucha.

En aquel instante apareció Marina. Había visto huir a las cuatro sombras y comprendió lo ocurrido.

—Te lo dije. Era Jerry, ¿verdad?

—Sí. El y sus amigos... Lo habían planeado bien. Oye. Coge la linterna que está en la guantera. Tengo que arreglar algo. Lo han estropeado adrede.

—¡Me habías dejado plantada! —Gruñó ella, pero su voz sonó menos desapacible que cuando estaba de veras enfadada.

—Ya te dije lo que ocurría. No quiero mezclarte. Con uno que tenga problemas ya basta. ¿Me das esa linterna?

Marina le alumbró mientras Mac trataba de reparar la avería que le habían ocasionado.

—¡Oye! —exclamó con tono más zalamero—. Has podido con todos. ¿Eh?

—No desvíes la luz. Tengo que unir ese cable —repuso él sin hacer comentario alguno a la observación de la joven.

—¿Te han hecho daño? —insistió Marina.

—No tengo nada roto.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Gracias, Marina. Te llevaré a tu casa en cuanto haya arreglado esto.

—La noche ha sido muy corta. Ahora era cuando lo estábamos pasando mejor —repuso ella.

Mac Nally se volvió hacia atrás. Por el sendero no venía nadie. Pero el joven sabía que se sentiría más tranquilo cuando estuvieran lejos de allí.

—¿No has visto al tipo que describí? —preguntó Mac.

—No me fijé.

—Parece que no lo has tomado muy en serio, ¿eh? ¿Es que todos los sábados es corriente que se asesine a las chicas en este lugar?

—¿Piensas avisar a la policía? —preguntó ella de pronto.

—Puede que lo haga, pero ellos tratarán de evitarlo. Si no hubiese sido por esos gamberros, ya habría llegado —lanzó un bufido mientras terminaba el arreglo.

—Me pareció que eras uno de esos chicos a los que no les gustan los policías.

—¿Sabes de alguien a quien le gusten? —repuso él, y a continuación añadió—: Esto ya está listo... ¿Sabes manejar un coche?

—Aunque no sea de Nueva York, sé hacer bastantes cosas...

—Sí, me he dado cuenta... Bueno, pon el motor en marcha, ¡eh!, pero sin arrancar. Acelera en cuanto te lo diga.

Ella obedeció las instrucciones del joven, que pudo comprobar que ya le era posible seguir la marcha.

—Bueno, esto aguantará hasta que puedan reparármelo en un taller. ¿Hay alguno en este sitio?

—Aquí hay muy poca cosa... ¿Te quedarás muchos días? —Siguió ella.

—No lo sé...

—¿En serio has venido buscando a un amigo tuyo?

—¿Por qué haces tantas preguntas? Vamos, déjame sentar, vamos a irnos de aquí.

—Déjame conducir a mí.

—Mira, Marina, tengo que poner todos mis sentidos en estado de alerta. ¿Comprendes? No conozco muy bien esto. Es de noche y dos asesinos quieren quitarme de en medio porque he sido testigo de su crimen. Así que...

—Pero tú no temes a nadie... —sonrió ella.

Hablaba y se movía con marcada coquetería.

—Marina... Por favor. Esto es serio.

—Bueno. Tú conoces poco los caminos y yo me los sé de memoria. Saldrás ganando si me dejas conducir. Hasta la gasolinera, ¿eh?

—Tú ganas, pero ten cuidado, ¿eh?

Mac dio la vuelta para dejarla a ella el sitio de conducir y enseguida la muchacha puso el coche en movimiento.

Que era novata y que no ponía el menor cuidado en manejar el vehículo saltaba a la vista por los brincos que el automóvil daba

constantemente. Mac Nally parecía resignarse.

Ella, en cambio, se divertía.

—No tengo mucha práctica, pero tampoco lo hago mal, ¿verdad?

—Creo que demuestras mejor tu talento en otro orden de cosas... ¡Cuidado!

Unos potentes faros les deslumbraron por unos momentos. Una furgoneta avanzaba en dirección opuesta.

Marina manejó el volante de manera torpe y Mac, sujetándolo, gritó al mismo tiempo:

—¡Hacia la derecha!

El camión tuvo que hacer un extraño en su marcha, mientras Mac Nally conseguía, con un brusco viraje, esquivar el choque, que parecía inevitable.

—Ya te dije que tuvieras cuidado —murmuró Mac Nally, mientras el del camión asomaba alzando la mano y gritando:

—¡Borrachos!

Era el albino Lou, a quien su acompañante hizo callar.

—Es el coche de ese forastero. Lo he reconocido.

—¡Maldita sea! Entonces hemos llegado tarde...

—Da la vuelta, Lou, da la vuelta. No va solo, creo que he visto a una chica a su lado.

—Sí. Era la que conducía. Por poco nos estrellamos.

—No pienses en eso y síguelos, pero a prudente distancia; quiero saber dónde van...

—Hummm —murmuró Lou, y a continuación gruñó algo ininteligible mientras daba la vuelta al camión.

Un kilómetro más adelante, los faros del «Ford» de Mac Nally descubrieron a una furgoneta que, lentamente, entraba al sendero procedente del descampado.

—Cuidado, frena despacio —advirtió Mac Nally.

Marina se equivocó y pisó el acelerador, lo que provocó una nueva exclamación de Mac.

—¡El freno! —gritó—. ¡Y apaga esa luz!

En aquel momento, los faros iluminaron la cabina de la furgoneta y Mac descubrió a su rubio ocupante.

—¡Es uno de aquellos tipos!

Por detrás surgió un foco. Era una motocicleta, y Mac podía

verla a través del retrovisor.

—Esto no me gusta. Déjame a mí... —dijo él, y se inclinó sobre la muchacha para maniobrar como pudo.

La motocicleta se aproximaba.

—Pasa al otro lado. Date prisa...

—No sé quién es ese chico, Nett. Si pudiera verle más de cerca...

—Ya está demasiado cerca —repuso Mac Nally mientras ella, pasando por debajo de él, le cedía el asiento.

La motocicleta estaba pegada detrás. La luz del faro impedía ver a su ocupante, pero Mac Nally tuvo un presentimiento. Imaginó al tipo de la barba y el revólver y no se equivocaba.

Se salió del sendero para esquivar a la furgoneta que bloqueaba el camino.

La motocicleta se había colocado a la altura del coche y Mac pudo ver ahora perfectamente a su ocupante.

—¡Es el otro, el que tiene el revólver!

Pisó con fuerza el acelerador. El asesino también le había reconocido y trataba de no despegarse. Mac Nally consiguió ganar unos cuantos metros en la acelerada, pero el de la barba le siguió campo a través y casi de inmediato la furgoneta se puso en movimiento para sumarse a la persecución.

—Parece que nos siguen —murmuró Marina, que por primera vez parecía tener plena conciencia del peligro.

—Menos mal que al fin lo has comprendido, Marina. Sujétate fuerte. Vamos a bailar un poco.

La persecución continuó campo a través.

## CAPÍTULO VI

Marina tuvo ocasión de comprobar que Mac Nally era un conductor excelente. Sabía cómo dominar un vehículo y lo estaba demostrando tanto en pleno campo como en el sendero cuando lo alcanzó de nuevo.

Lo que fallaba era el motor.

—Ese cable no está bien sujeto —lamentó Mac Nally.

A lo lejos brillaba la luz de la gasolinera.

—Joe tal vez pueda arreglártelo.

—Preferiría no tener que detenerme. Si conseguimos llegar a la oficina del *sheriff*...

—A estas horas no vas a encontrarle.

—¿Estás segura?

—¡Y tan segura! Es mi hermano.

—¿El *sheriff* es tu...?

—Bueno, él se da mucha importancia, pero en realidad no es gran cosa. Sólo un alguacil. Si ocurre algo importante tiene que comunicarlo al *sheriff* del condado.

El motor del coche emitía unos ruidos extraños, y a menudo no tomaba bien la marcha.

Mac Nally miró hacia atrás. Por un lado la motocicleta continuaba a toda velocidad su implacable persecución; por el otro, la furgoneta. Sus respectivos conductores no se daban en absoluto por vencidos.

Mac Nally pensó que en verdad su única salvación era detenerse allí.

—Entre la gente no se atreverán a hacernos nada... Lo malo es que ahora ya saben que me acompañas tú... Si eso sirviera de algo... Pero ellos saben que no he tenido tiempo de avisar a nadie...

Ella tuvo un sobresalto.

—¿Significa que querrán deshacerse de mí también?

—Es lo que he estado tratando de decirte —repuso él, pisando a tope.

Llegaron al fin a la gasolinera. Sus perseguidores habían quedado unos cincuenta metros atrás.

El poco hablador encargado se aproximó perezosamente, mientras Mac ya había saltado, exclamando:

—De prisa, Marina. Entremos ahí.

Corrieron hacia el local del que surgía la estridente música de un tocadiscos. Mac Nally pudo comprobar que dentro quedaban todavía algunos chicos jóvenes dándoles a las palancas de las máquinas automáticas.

El local no estaba tan concurrido como un poco antes, pero mientras quedara alguien, Mac estaba seguro de que los asesinos no intentarían nada. Tenían un arma demasiado ruidosa y no querrían comprometerse con nuevos testigos.

—Seis —contó Mac; eran seis en total los que estaban en el recinto.

Condujo a Marina hacia el bar y murmuró:

—Si al menos tuvieran teléfono.

—No lo hay —repuso ella.

El tipo de la barba y su rubio compañero entraron en aquel momento. Mac Nally se fijó en ellos a través de un sucio espejo.

—No les mires. Vamos a tomar algo.

—Has conseguido asustarme —murmuró ella.

—Y tú has hecho un mal negocio aceptando mi invitación... No te muevas de mi lado.

—Si saliese corriendo y avisara a Joe, el de la gasolinera. El tiene una motocicleta.

—No lo intentes. Ahora imaginan que ya sabes la verdad. No podrías ir muy lejos.

—No se atreverían...

—¿Por qué no? Han asesinado a una muchacha. Más o menos debía tener tu edad y ahora se sienten acorralados. Insisto en que no te separes de mí.

Los dos asesinos habían avanzado sin perderles de vista. Luego ocuparon sendas máquinas automáticas fingiendo jugar.

—¿Dices que tu hermano es el *sheriff* de aquí, no? —comentó Mac.

Ella asintió.

—¿Y no está en la oficina?

—Está haciendo la ronda.

—Cuando venía hacia aquí he visto a otro agente.

—Es Wyatt, pero también está de ronda... Bueno, o habrá ido a visitar a alguna de sus amiguitas.

—No hay mucha disciplina por lo que se ve, ¿eh?

—Cualquier día van a echarlos. Este pueblo prácticamente ya no existe ni en los mapas. Tendrán que ir a la central. Si viste uniforme es porque aquí hace lo que le place. Mi hermano no puede protestar porque sabe que a la menor queja se le habrá acabado la autonomía. Le ha tomado cariño a su placa. ¡Yo la aborrezco! ¡Por culpa de ella tengo que vivir aquí!

—No has cumplido la mayoría de edad, ¿eh?

—Me falta un mes. Sólo un mes. A los veintiuno ya no podrá seguirme como la otra vez... Porque no creas que no intenté largarme, pero me persiguió. Creo que ha sido su único éxito como agente de la autoridad...

—No tienes en un gran concepto a tu hermano.

—¿Gran concepto? Si de él dependiera, no me dejaría dar un paso sin estar sujeta a sus pantalones. Se tomó demasiado en serio su papel de protector... Pero ya estoy harta... Harta de todo. —Había levantado ligeramente la voz y los dos asesinos se volvieron para mirarla. Marina reaccionó y volvió a la realidad. Las miradas de aquel par de tipos le produjeron un escalofrío que no supo ocultar.

—¿Les conoces? —preguntó él, al darse cuenta de que los miraba.

—El rubio creo que ha venido un par de veces. Sí. Me parece que le vi en El Parador... El otro no recuerdo.

—Es el que lleva el revólver.

En aquel momento, dos de los jóvenes clientes abandonaron el local. Sólo quedaban cuatro personas, incluido el barman, aparte de los dos asesinos.

Y el barman, en aquel momento, consultó el reloj.

—Bueno... Quedan sólo diez minutos. Después voy a cerrar —advirtió.

—¿Tan pronto cierran? —preguntó inútilmente Mac a la

muchacha.

—A esta hora viene ya poca gente —repuso ella, y enseguida añadió—: ¿Cómo piensas salir de aquí?

Mac miró en torno suyo y preguntó a Marina si conocía a alguno de los cuatro chicos que estaban en el local.

—De vista, pero no tengo tratos con esos críos.

—Todos deben tener algún medio de locomoción, ¿verdad?

—Motocicletas —repuso ella.

—¿Y el del bar?

—También...

—Tengo una idea... Ven y sígueme la corriente —y tomando a Marina por la cintura, la hizo caminar hasta la cabina de grabación de discos, y antes de entrar, alzó la voz para que los asesinos le oyesen.

—¡Un momento, querida! Voy a darte una sorpresa... Un recuerdo de nuestro encuentro. No te muevas —y entró en la cabina. Ella le aguardó fuera.

Depositó el medio dólar necesario y se puso a grabar:

—«Al *sheriff* de Doolittle. Oigame bien. Me llamo Nett Mac Nally y estoy con su hermana en el bar de la gasolinera. Hay dos tipos, al parecer forasteros, que han asesinado a una muchacha en El Parador. Ese par de individuos saben que yo soy un testigo y seguramente piensan liquidarme; uno de ellos va armado. No es por mí por quien temo, sino por su hermana, por Marina. Por favor, venga tan pronto como le sea posible. Procuraré seguir en el mismo sitio. No puedo hacer nada más porque mi coche está estropeado».

Le quedaba aún tiempo y espacio para seguir grabando, pero ya no tenía nada más que decir.

Tuvo que aguardar a que el disco terminara de girar, y a continuación apretó el botón de salida.

Apareció un disco de material plástico muy delgado, recién grabado. No se molestó en reproducirlo. No se trataba de hacer un alarde de dicción, sino de una llamada de socorro.

Salió con el microsuro y sonriente dijo a Marina:

—Bueno... Éste es nuestro recuerdo. Cuando estés a solas en tu casa ponlo. Así recordarás siempre mi voz —y volvieron juntos al mostrador, donde, con una servilleta del bar y un bolígrafo, Nett trazó unas líneas en las que puso:

«Recoja ese dinero y el disco con disimulo y d selo al primero de los muchachos que se vaya para que lo lleve al *sheriff*. Dos asesinos nos están vigilando. No haga preguntas».

Tom  un par de billetes de cinco dólares y los dej  sobre el mostrador junto con la nota.

Otro par de muchachos salieron en aquel momento. Sólo quedaban dos, más el barman y los dos asesinos.

El barman consultaba la hora.

—He dicho que iba a cerrar —repitió.

— Eh! —exclamó Mac Nally—. S rvanos otro par de copas, amigo.

—Si es capaz de tomarla en cinco minutos —repuso el del bar.

Se aproximó y echó una ojeada al dinero y a la nota. Mac tomó el bolso de Marina y lo colocó delante, protegiendo el disco de las miradas de los asesinos.

El de la barba no sacaba, para nada la mano del bolsillo. Mac estaba seguro de que con aquella mano sujetaba en todo momento el arma homicida. El arma que también estaba dispuesto a utilizar contra él... y contra Marina.

El del bar había leído ya toda la nota y acusó su contenido por su forma de mirar. Alternativamente se fijó en cada uno de los que estaban en el local, para terminar clavando los ojos en la pareja que tenía ante sí.

Mac Nally sacó de nuevo su dinero y dej  otro billete de cinco dólares junto a los otros.

—Cobre, amigo, y no tenga tanta prisa. A lo mejor ésta es su noche. Tenemos sed y mientras me quede dinero... —Se volvió para hacerle un guiño.

El tipo, con algún disimulo, retiró el disco y el dinero. Y se alejó hacia el interior.

Marina preguntó:

— No sería mejor gritar?

—Con un hombre armado y deseando disparar, sería un suicidio.

—Pero el disco...

—Nos están vigilando, Marina. Si ven que hablamos con alguien... Confía en mí,  eh? Y nada de nervios; Todo saldr  bien...

## CAPÍTULO VII

Mientras el del bar estaba hablando con el encargado de la gasolinera, Lou y la mujeruca aguardaban en la furgoneta con la mirada puesta en el local.

—Están ahí —decía ella—. Bueno, decídete a entrar de una vez.

—Ya voy, ya voy —repuso Lou—. Pero no me gusta esto.

—No vas a desperdiciar la ocasión de ganar dinero. Dinero fácil... ¡Vamos, vamos!

El hombre refunfuñó algo, mientras en el interior del local, los dos únicos muchachos que quedaban, aparte de los asesinos, se disponían a marchar.

—Yo me largo. Estas tragaperras del demonio sólo sirven para vaciarte los bolsillos.

—Sí, larguémonos —repuso el compañero.

El del bar continuaba hablando en voz baja con el de la gasolinera, por lo que Marina y Mac Nally iban a quedarse solos, y el de la barba, más nervioso a cada momento, debía estar esperando la ocasión.

—Se van —susurró Marina.

—No te preocupes. Fuera están los otros. No se atreverán... —musitó Mac a su vez.

Los dos jóvenes salieron rápidamente del local, y el tipo de la barba avanzó enseguida hacia la pareja.

Mac Nally, con los sentidos en tensión, le miró fijamente.

El sujeto se colocó junto a ellos con la mano derecha en el bolsillo.

—Salgan los dos sin llamar la atención —dijo, sin levantar la voz.

El rubio se había quedado junto a la puerta.

El del bar hablaba con uno de los dos chicos que acababan de salir.

—Vamos, muévanse —insistió el de la barba—. Vayan delante y métanse en el coche.

—Te aseguro que no iríamos muy lejos. Mi cacharro está estropeado —repuso Mac tranquilamente.

La respuesta del joven hizo vacilar al barbudo, pero enseguida adujo:

—No importa. Sigán camino adelante, y sin hacer ninguna tontería.

—¡No saldrán vivos de la región! —exclamó la muchacha—. Cuando mi hermano les eche el guante, no van a pasarlo bien. ¡Es el *sheriff*!

—No levantes la voz, preciosa... Díselo tú, amigo —dijo el de la barba a Mac—. La mano derecha me está temblando... Puede ocurrir un accidente. Sería lamentable.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Lou, el amigo de la mujeruca que un momento antes y desde fuera le había indicado:

—Es el que está con la chica.

Lou avanzó hacia el bar, mientras el encargado seguía hablando con los chicos que habían salido unos momentos antes. Llevaba aún el disco en la mano. Sin duda estaba diciendo que lo entregaran al *sheriff*.

Lou se colocó junto a Mac, después de examinar al de la barba, que no se movía tampoco de su lado.

El silencio no se prolongó más allá de medio minuto, y fue Lou quien lo rompió.

—Quiero hablar con usted, amigo... ¡Hola, Marina! —saludó a la muchacha.

—¿Le conoces? —preguntó ella.

Antes de que Mac pudiera negar, Lou dijo su nombre:

—Lou Charlie... Berta me habló de usted.

—¿Berta? —preguntó Mac, sin comprender.

—Tiene un bar en el pueblo. Dijo que usted se interesa por un viejo amigo, ¿eh?

—¡Oh, sí! Teddy Smirnow.

—Exacto... Podemos hablar...

—Hable —repuso Mac, mirando al tipo de las barbas, que no perdía detalle.

—En privado —repuso el hombre—. Tengo fuera la furgoneta.

En aquellos momentos Mac no quería dejar sola a la muchacha con aquel par de tipos y murmuró:

—Bueno... Si tiene usted una furgoneta puede hacerme un favor. Tengo mi cacharro estropeado. ¿Nos llevará hasta el pueblo?

—Es que... —empezó Lou.

—Yo también tengo algo que decirte, amigo —adujo el barbudo—. Recuerda...

—No tenemos mucho tiempo. Vamos, Lou. Dejaremos a la hermana del *sheriff* en su casa —repuso Mac, pensando que no tendría mejor ocasión para huir.

—Yo sólo quería hablarle en privado —insistió Lou Charlie.

—Ya hablaremos, ya hablaremos... Y no se preocupe. Le pagaré el viaje.

Comenzó a avanzar. El de la barba le cerraba el paso. El encargado del bar entró en aquellos momentos.

—Nos íbamos ya —dijo Mac, esquivando al de la barba y sin soltar a Marina, que procuraba disimular el miedo que sentía.

—No hay prisa, pueden esperar si quieren —repuso el barman—. Hoy cerraré un poco más tarde.

—Entonces ya vendré luego —adujo Lou, que no parecía dispuesto a llevar a Marina.

—¡No, no! ¡Mi problema estaba en que no sabía cómo salir de aquí..., por el coche...! ¡Vamos, vamos!

El del bar miró significativamente, dando a entender a Mac Nally que ya había entregado el disco.

Del exterior llegó el ruido de dos motocicletas que se ponían en marcha.

—Todo va bien, Marina —sonrió Mac, guiñándole un ojo.

Avanzaron hacia la puerta.

Con el barman y Lou como testigos, el tipo de la barba no se atrevió a cometer ningún error.

Pronto estuvieron fuera. La furgoneta estaba a unos cincuenta metros con la mujeruca en su interior esperando.

El de la barba y su compinche salieron también para ver cómo su presa se les iba de las manos.

Mac Nally estaba ya junto a la furgoneta. Sonrió al ver a la oronda propietaria del bar del pueblo.

—Van a venir con nosotros —arguyó Lou Charlie—. No sé cómo nos vamos a colocar.

—¿Van a venir? Bueno... Detrás hay sitio —sugirió la gorda.

—Nos acomodaremos donde sea. Y vayámonos lo más pronto posible —pidió Mac Nally, echando una ojeada hacia atrás. Allí seguían todavía los dos sujetos.

En la furgoneta no iban ciertamente muy cómodos, pero mejor era aquello que estar a merced de un par de asesinos.

Lou había puesto ya en marcha el vehículo y a través del cristal trasero vio cómo el de la barba se disponía a seguirles con la motocicleta, y el rubio tomaba su furgoneta para emprender también la marcha.

Marina comprendió lo que estaba sucediendo y murmuró:

—Ahí están.

—No te preocupes. En cuanto llegues a tu casa ya no tendrás nada que temer.

—¿Y tú qué harás?

—No lo he decidido todavía, pero con las manos libres podré desenvolverme mejor.

—He sido un estorbo... —musitó ella.

—Un estorbo precioso. Te debo otra noche. Pero en otro sitio. Debe de haber algún lugar más tranquilo por la zona, ¿no?

Ella no contestó. Seguía mirando hacia atrás. Los dos asesinos seguían a la furgoneta a prudente distancia.

Lou Charlie, en la cabina, murmuró:

—Ésos no quieren pasar. Odio salir los sábados. Esto se llena de gamberros.

—Deja de gruñir —escupió la mujeruca.

—¡Deja de gruñir! Me llamas para este asunto y tenemos a la hermana del *sheriff* como testigo...

—En cuanto la dejemos en casa, ella no podrá ver lo que ocurre, ¿verdad?

—Pero me ha visto hablar con él.

—Tú le has dicho que conocías al hombre que está buscando, ¿no? Esto no es un delito. Y deja de mirar por el retrovisor. Si vienen detrás, que vengan. No tenemos nada que esconder.

La marcha continuó por el polvoriento sendero. El pueblo quedaba todavía a un par de kilómetros.

El resto del viaje transcurrió en silencio, hasta que Lou detuvo la furgoneta delante de una de las casas de la calle principal, con el mismo aspecto de abandono que las demás.

Un par de luces eran del todo insuficientes para alumbrar toda la calle, que ofrecía un aspecto tétrico.

—Ya hemos llegado —gruñó Lou.

—¿No vas a la oficina? Creí que vivías allí —comentó Mac Nally, dirigiéndose a la muchacha.

—No. Nuestra casa es esa de ahí enfrente —y señaló el edificio.

Mac Nally saltó primero al suelo para ayudarla y miró hacia atrás. A medio kilómetro se habían detenido sus seguidores.

—¿No estará tu hermano ahora?

—Seguro que no.

—Lou nos llevará hasta la oficina —repuso Mac Nally, pero el aludido gruñó:

—La oficina está ahí mismo. ¿No pueden andar?

—No. No puede ir sola. Mire hacia atrás. ¿No ve la furgoneta? ¿Y aquella motocicleta?

—Las he visto durante todo el camino —repuso Lou.

—Esos tipos son dos asesinos. Yo he sido testigo de un asesinato y quieren eliminarme. ¿Se da cuenta?

—¿Bromea? —inquirió Lou.

—Nunca bromeo cuando me juego la piel —repuso Mac Nally—. Y éstos matarán a la chica también... Y ahora hasta puede que ustedes corran peligro.

Lou cambió una mirada con la mujer gorda.

—¿Habla en serio? —inquirió ella.

—¿Cuántas veces tengo que decirlo? Esto es asunto del *sheriff*. Llévenos hasta la oficina, con la furgoneta.

Lou Charlie pareció pensarlo. La idea de verse metido de lleno en el peligro no le gustaba ni poco ni mucho.

—¡Me está bien empleado por querer hacerle un favor! —terminó espetando—. ¿Por qué no me lo dijo cuando estábamos en la gasolinera? Después de todo, yo sólo quería decir dónde podía encontrar a su amigo...

—Ya me lo dirá después. Ahora lo más importante es esto. ¿No quieren impedir que se cometan más crímenes?

—Bueno. Suban. Daré la vuelta.

Lou puso nuevamente en marcha la furgoneta, dio la vuelta a la calle y se encaminó hacia la plazoleta, deteniéndose delante mismo de la oficina del *sheriff*, de la cual pendía una bombilla cuyo cordón oscilaba por la suave brisa.

Mac Nally saltó y llamó a la puerta de madera que estaba cerrada.

—No está —adujo Marina—. Ya te lo dije.

Mac Nally exclamó:

—El del bar me dio a entender que había entregado el disco a los chicos para que lo llevaran a tu hermano. ¿Dónde lo habrán dejado?

—A lo mejor lo han echado por debajo de la puerta —sugirió ella.

—¡Maldita sea! En este pueblo solo hacen los favores a medias —gruñó Mac, mirando de nuevo hacia donde aguardaban los asesinos.

Seguían allí, y Lou apenas se decidía a asomarse.

—¿Nos vamos a quedar aquí toda la noche?

—Desde luego que no. Vamos a casa de Marina. Yo me quedaré con ella. ¿Tiene algún arma en casa tu hermano?

—Sí, creo que sí. Un rifle y una escopeta por lo menos —recordó ella.

—Entonces..., ¿no viene con nosotros? —preguntó la mujer gorda.

—Oigame. ¿Es que temen que pueda perderme? ¿Por qué no me dan las señas de ese amigo que busco e iré cuando pueda?

Hombre y mujer callaron. Mac Nally creyó comprender y murmuró:

—Comprendo... Quieren propina, ¿eh? Bien... Volvamos a casa de la chica. Sólo un momento.

De nuevo la furgoneta recorrió los trescientos metros hasta la casa. En todo momento fueron los únicos seres vivientes de la calle, a excepción de los silenciosos asesinos.

Cuando llegaron otra vez a la casa, ella se dio cuenta de que no llevaba el bolso.

—¡Oh! Con las prisas lo olvidé en el bar de la gasolinera... Tengo la llave dentro.

Lou lanzó una maldición y dijo algo como de estar harto de todo

aquel asunto.

Mac propuso:

—No parece muy difícil trepar por el porche.

La casa, como la mayoría, tenía un pequeño porche, sobre el cual se hallaba una terraza de madera carcomida. Sin esperar respuesta, saltó con agilidad sobre la barandilla y con un salto ágil llegó hasta lo alto. Llegar a la terraza fue bastante fácil.

—Los pórticos están cerrados. No te importará que rompa un cristal, ¿verdad? —gritó.

—No. Puedes hacerlo —repuso ella.

Mac Nally rompió el cristal, abrió y pasó al interior. Era un dormitorio. Tanteó en busca de la luz y cuando dio el conmutador, la estancia quedó iluminada. Era un cuarto muy pobremente amueblado, paredes rústicas, desconchadas. En un entrepaño hubo papel alguna vez, pero el poco que quedaba se estaba cayendo.

Un catre mal hecho, una mesilla de madera rústica y un perchero de pared cubierto por una cortina, más un par de sillas y un saco como alfombra, era todo lo que podía verse.

Un taburete en un rincón, con ropa colgando, y un libro viejo encima completaba el cuadro.

A Mac Nally le bastó un segundo para grabárselo todo en la mente. Bajó la escalera y cruzó por lo que era sala y *hall* de la casa. Buscó una luz y al conectarla vio que esta segunda estancia estaba algo más decentada, pero su contenido era ya viejo y mucho más apto para una hoguera que para decorar una habitación. Había también un piano. Y sillones de cuero, pero demasiado raídos y viejos. De la lámpara que colgaba del techo sólo funcionaban un par de bombillas.

Abrió la puerta por dentro y murmuró:

—Bueno, ya puedes entrar, Marina. Esperaremos a tu hermano. Yo hablaré con éstos.

Lou y la mujeruca no se habían movido de la furgoneta.

Salió mientras ella entraba y echó mano al bolsillo, ofreciendo a Lou algunos billetes.

—¿Es suficiente para que suelte la tarjeta de visita de mi amigo?

—No lo tome a mal, amigo. Es que...

—Sí, sí... Al grano. Hay que vivir: este agujero infecto no da para más... Me sé todo lo que puede decirme. Ahora suéltelo.

¿Dónde está Teddy Smirnow?

—No debe decírselo a la señorita.

—¿Eh?

—A Marina... Bueno... Ese amigo suyo no quiere visitas.

—¿No?

—Bueno. Si hablamos de la misma persona...

—Lo comprobaré.

—¿Promete no decírselo a Marina? Es que no quisiera...

—Pero qué tontería... He preguntado a todo el mundo por Teddy. Algunos saben que le busco, ¿no? Y ella también. Usted mismo me dijo que podía facilitarme sus señas.

—Sí, pero no el sitio... El sitio sólo lo sé yo, y su amigo no quiere que se sepa. Es lo que estoy tratando de decirle —recalcó Lou, con cierto misterio.

—Comprendido. Éste es asunto mío. ¿Dónde está?

—Tiene que seguir por la dirección opuesta. Como si volviera a la carretera general. Hay un cruce.

—¿Donde está el indicador?

—Exacto. El camino es malo. Tendrá que recorrer unos cinco kilómetros. Entonces llegará a la cantera.

—¿Una cantera?

—No es exactamente una cantera. Ahora no hay nada. Está abandonado. Pero quedaron algunas barracas de las obras. En una de ellas vive ese hombre que usted busca.

—¿Y no suele venir por el pueblo...? ¿Ni siquiera los sábados?

Lou negó.

—Bien. Trataré de encontrarle.

—¿Irás ahora mismo?

—En cuanto pueda dejar a la señorita Marina segura.

—Bien, bien...

—¡Un momento! No tengo coche —recordó el joven—. Hágame un favor. ¿Puede volver a la gasolinera y pedir a aquel tipo que parece mudo que le eche un vistazo al mío? El podría arreglarlo si quisiera... Tome, le daré más dinero. —Y metiendo mano en el bolsillo, sacó algunos billetes y los ofreció a Lou, diciéndole—: Espero que haya suficiente. Si sobra, ya sabe: a cuenta de su información.

Lou tomó el dinero, gruñendo algo entre dientes, como venía

siendo su costumbre. Luego se alejó, dando otra vez la vuelta.

Mac Nally miró de nuevo hacia donde esperaban los asesinos y vio que seguían allí.

## CAPÍTULO VIII

—Siguen allí —murmuró Mac, mirando a través de una ventana lateral que por sobresalir de la edificación de al lado permitía ver toda la calle hacia el lado sur.

Marina regresó con un rifle.

—He encontrado esto, y una caja de municiones. Yo no entiendo. ¿Sirven?

Mac Nally comprobó rápidamente el rifle y le bastó echar un vistazo a los proyectiles para asentir:

—Sí, sirven.

Salió a la calle y ella exclamó:

—¿Qué vas a hacer?

—Advertirles que estoy prevenido.

Y sin pensarlo dos veces, disparó sin apuntar. Sonaron dos fuertes estampidos.

Mac había disparado hacia el punto donde se hallaban los dos sujetos. Luego, dijo:

—En cualquier otro sitio todo el vecindario estaría asomado a la calle.

—Aquí no hay vecindario, Nett. Sólo unos pocos viejos que ya no hacen caso de nada. Ya te dije que el pueblo va a desaparecer. Algunos tenían esperanzas cuando comenzaron las obras para la planta nuclear, pero de repente todo terminó.

—¿Una planta nuclear?

—Sí. A pocos kilómetros de aquí, pero hace más de tres años que todo terminó. Se fueron a otra parte por no sé qué dificultades técnicas. Eran tiempos eufóricos. Se pensaba en construir un pueblo totalmente nuevo. Fue un sueño. Para muchos, el final, porque se largaron; sólo quedaron unos pocos ilusos que poco a poco se van marchando también, y los viejos, que no tienen dónde ir, o los idiotas como nosotros.

A medida que hablaba, Marina no podía ocultar su tristeza, una tristeza que en un sitio como aquél, increíble y absurdo, resultaba contagiosa.

—He oído hablar de otros sitios como éstos. Desaparecen. A la gente les sale más a cuenta cambiar de ambiente, ir a vivir a otros lugares más modernos... En Doolittle no crece ya ni la hierba. Tal vez en el siglo pasado esto fuera un emporio de riqueza... Reses, ranchos, pero ahora todo ha desaparecido.

—Comprendo lo que dices, Marina. Comprendo tu estado de ánimo también. Éste no es sitio para una chica como tú... Tal vez para algún nostálgico.

—¡Ni eso! —protestó ella—. ¿Es que no lo has visto con tus propios ojos? Sólo sirve para que los gamberros de los sábados vayan a alborotar a El Parador.

—¿No hay locales en sus pueblos?

—¡Claro que los hay, pero allí les conocen y les meterían en cintura! Tienen ley...

Aquellas palabras parecían entrañar una crítica hacia su hermano. Ella misma las aclaró:

—Sí... Eres lo suficiente inteligente para comprenderlo, Nett.

El quiso desviar la conversación para evitar que ella siguiera dando rienda suelta a la tristeza.

—Suena bien mi nombre cuando lo pronuncias. Hace siglos que nadie me llama así... Ya te dije que muchos se empeñaban en llamarme Mac... ¿No crees que Nett es mejor?

—¿No quieres saber nada más del pueblo?

—No quiero verte triste. Te he dado la noche.

—Al contrario. Me has ayudado.

—Era lo menos que podía hacer.

—Me hubiese podido ocurrir a mí misma... Presenciar ese crimen. Me gustaría saber quién era la chica.

—¿Hay alguna otra chica aquí? Cuando te vi en la gasolinera estabas con otras.

—Las hermanas Fergusson viven en la gasolinera de la carretera general, pero salen con dos chicos de aquí, amigos de Jerry. Luego está Hester; su padre tiene una remonta. Algunos vienen a comprarle caballos. Ella también está harta. Y ya no hay nadie más.

—Desde luego, la chica que vi muerta no era ninguna de las que

estaban en el bar de la gasolinera. Debe ser forastera... Quizá sería mejor ir a dar parte al *sheriff* del condado.

—Está lejos...

—No pienso dejarte.

—Vámonos... —propuso ella.

—¿Tú y yo?

—Sí. Ahora mismo.

—Olvidas que no tengo el coche.

—Estoy cansada de esto, Nett. Cansada... Llévame a Nueva York contigo. Cuando tengas el coche.

—Y tu hermano nos echaría los perros. Eres menor.

—Sólo por un mes.

—A veces vale la pena esperar.

—Sé que he dicho una estupidez. No nos conocemos. ¿Cómo ibas a cargar conmigo?

—Sería una carga agradable... ¡Oh! —La mirada del joven acababa de detenerse en un pequeño aparato y aprovechó para variar de tema—. ¿Qué es eso?

—Una grabadora. Tengo un *cassette*.

—¡Música! ¿Qué te parece si continuamos la fiesta tú y yo solos, eh?

Ella puso en marcha el pequeño aparato. Sonaba bastante bien y la música alegraba el ambiente, triste y enrarecido.

Mac Nally la tomó para bailar. La música, aunque moderna, resultaba suave y muy melodiosa.

Bailaron en silencio, muy juntos. El besó un par de veces los sueltos y suaves cabellos de la muchacha.

Mac observó que si alguna chica necesitaba de protección, de mimo, de todo lo que pueda disponer una muchacha a su edad en un lugar normal, esa chica era Marina.

Todo su carácter, intempestivo a veces y dominante, no era sino fruto de las circunstancias por las que atravesaba. Ahora, sin embargo, se comportaba tal como era en realidad: simplemente, una muchacha joven y llena de vida que no se resignaba a vivir condenada a la soledad, al aburrimiento o, lo que era peor, estar enterrada en vida.

—¿Por qué no quiere irse tu hermano? —le preguntó él muy quedamente.

—Intenté contártelo antes. Aquí se cree alguien.

—¿Se considera un fracasado?

—Jamás le salió nada a derechas... No hubiera pasado de ser un alguacil de segunda clase. Por antigüedad le dieron el cargo cuando aquí ya no quedaba nadie...

—Es un ser frustrado, ¿no?

—No lo sé, Nett, no lo sé... —repuso ella, intentando olvidar su propio drama.

Estaban cerca de la ventana, callados, siguiendo el compás del *cassette*.

El silencio lo interrumpió Mac Nally después de besarla largamente. Quedó mirando a través de la ventana, por la que podía verse el lado sur de la calle.

—Mira —dijo.

Ella se volvió, embelesada todavía por el beso, por el aliento de Nett, que aún sentía en su boca.

Los dos asesinos estaban hablando con un agente uniformado.

—Es Wyatt... Y habla con ellos —dijo ella.

Los tres hombres andaban hacia la casa, aunque lejos todavía.

—¿Qué estarán tramando? —comentó Mac Nally mientras el trío seguía caminando. Era evidente que se dirigían hacia allí.

—Vienen hacia aquí.

—Están jugando su última baza..., o acaso se sienten muy seguros... Dijiste que ese Wyatt no era mucho de fiar, ¿verdad?

—Sí, lo dije y es cierto.

—Espero que no tengamos a la ley en contra. Sería el colmo; pero estaremos prevenidos por si acaso.

Los dos asesinos y Wyatt siguieron caminando; ya sólo les faltaban poco más de cien metros para llegar.

El *cassette* seguía funcionando. Mac Nally tomó el rifle.

## CAPÍTULO IX

Los tres hombres se plantaron delante de la casa. El agente Wyatt tomó la delantera, mientras los otros dos se quedaban en la calzada.

—Marina, soy Wyatt —dijo, llamando con los nudillos—. Abre la puerta. Sé que estás ahí con un forastero.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella.

Mac Nally asintió:

—Bueno. Es un agente de la autoridad, ¿no? Lleva un uniforme por lo menos. Sepamos qué quiere.

Marina se dirigió hacia la puerta mientras Wyatt golpeaba de nuevo.

—Vamos, vamos, Marina. A Brent no le gustaría esto... No quiere que salgas con desconocidos, y menos con forasteros. Ábreme la puerta.

Mac Nally indicó a la muchacha que se fuera de la estancia y se dispuso a ser él quien abriera la puerta.

Tras una ligera duda, ella obedeció. Mac dejó el rifle apoyado en la pared junto a la puerta y aguardó a que ella se hubiese marchado para abrir la puerta.

Wyatt apareció en el umbral y midió con la mirada a Mac Nally. Eran de estatura parecida. Su corpulencia también resultaba similar.

El policía pareció algo sorprendido de que fuera el «forastero» quien le abriese la puerta, pero reaccionó y en su rostro apareció una sonrisa burlona. Se daba aires de suficiencia amparado bajo aquel uniforme. Mac Nally le reconoció como al hombre que había visto en el coche oficial aquella tarde cuando se dirigía hacia el pueblo.

—¿Es usted, eh? —sonrió el agente.

—¿Soy yo qué? —inquirió Mac Nally.

—El forastero... Creo que ya nos vimos, ¿no?

—Es posible —admitió Mac Nally.

—Bien... ¿Qué demonios hace en casa del *sheriff*?

—Marina me ha invitado.

—¿No sabe que es menor de edad?

—Sí, ella me lo ha dicho, pero... necesitaba que alguien la protegiera.

—¿De quién? —inquirió el agente, desconfiando plenamente de las palabras de Mac Nally, o acaso fingiendo no creerle.

—De esos amigos suyos que tiene a su espalda.

—Oiga, amigo... Será mejor que me acompañe a la oficina. Allí hablaremos con más calma.

—¿Por qué no entra aquí usted solo y podremos hablar igualmente con calma? —propuso Mac Nally, sin la menor intención de hacer caso al agente.

—Ésta es una casa privada. ¿Comprende? Los asuntos oficiales los tratamos en la oficina.

—Una persona puede presentar una denuncia a la autoridad donde quiera que se encuentre. ¿No lo sabía, agente?

—¿Me va a enseñar mi oficio? Hay una denuncia contra usted.

—¿Quién la ha formulado y por qué?

—En la oficina se lo diré. Andando...

—Escuche, agente, no sé lo que le habrán dicho esos gamberros que tiene detrás de usted, pero yo los denuncio a usted en este momento. Han asesinado a una muchacha en El Parador. Sacaron su cadáver de los lavabos de señoras de ese sitio.

—¿Qué historia es ésta? —preguntó el agente, absolutamente tranquilo, como si hubiese escuchado una cosa del todo intrascendente.

—Asumo la responsabilidad de mi denuncia, agente. Cumpla con su deber.

—¿Es que no vas a imponerte, Wyatt? —espetó entonces el rubio—. Detenle de una vez.

—Calma, muchachos... Sé cuál es mi deber... —repuso el agente, muy tranquilo y manteniendo su aire enfático, orgulloso y seguro de sí mismo.

—Bien... —añadió—. ¿Cuál es su nombre, forastero?

—Nett Mac Nally.

—Acompáñeme, Nett. Aclaremos todo esto en la oficina.

—¿Y éstos...? —Mac señaló a los dos gamberros.

—No se preocupe de ellos. ¡Y basta ya! Está agotando mi paciencia... ¿Viene por las buenas o...?

Wyatt hizo clara intención de desenfundar su revólver de reglamento, pero Mac Nally lo evitó anticipándosele al tomar el rifle y separarse ligeramente.

—Lo siento, agente Wyatt, no acabo de fiarme de usted. Aquí hay algo que no marcha bien...

—¿Está loco? ¿Está amenazando a un policía?

—Sólo a un alguacil. Su autoridad queda bastante limitada en este sector, según creo...

—Se arrepentirá de lo que está haciendo, Mac Nally —bramó Wyatt, buscando una oportunidad para sacar su revólver.

—No haga lo que está pensando. Responderé de mis actos ante quien sea...

—No sería capaz de disparar.

—Parece muy amigo de ese par de asesinos, agente... Así que... no trate de averiguar de lo que sería capaz... Le exijo que encierre a esos hombres. Luego esperearemos al jefe.

—Usted no puede darme órdenes. No voy a encerrar a nadie —repuso Wyatt, sin perder de vista a Mac, buscando sin duda la menor oportunidad para pasar al contraataque.

—Wyatt, tire su revólver. ¡Vamos! Hágalo... Con cuidado —y accionó el percutor del rifle para dar más autoridad a su orden.

El agente obedeció. Mac se inclinó para recoger el arma y guardársela.

Luego, se dirigió hacia el de la barba.

—Tu revólver... El que guardas en el bolsillo derecho de la chaqueta...

El de la barba no se movió en absoluto.

—Vamos... No me gusta repetir las cosas. Sé que tienes un revólver.

El otro continuó inmóvil, como si no hubiera oído en absoluto las palabras de Mac.

—Está bien. Date la vuelta —y le empujó con el cañón del rifle, lo que hizo que el barbudo acabara por volverse.

El rubio hizo un movimiento hacia Mac Nally, pero el joven no se dejó sorprender y, utilizando el cañón del rifle como estaca, le

golpeó en pleno rostro, haciéndole caer como un fardo.

Su compinche iba a moverse y también el agente Wyatt trató de aprovechar la breve confusión, pero Mac Nally, dueño absoluto de la situación, se separó para amenazar a los dos.

—Espero no tener que volar la cabeza a nadie... Quietos.

Reducidos nuevamente, Wyatt junto a uno de los soportes del porche y el barbudo en la calzada, quedaron quietos. Mac Nally procedió a cachear hábilmente al gamberro.

No tenía ningún revólver.

—¿Dónde está el arma? —preguntó Wyatt, triunfante.

Mac Nally no contestó. Sin perder ni un solo instante de vista a los dos sujetos, se inclinó para cachear al inconsciente rubio. Tampoco él llevaba la pistola.

—Su denuncia es infundada. Ellos no llevan ningún arma de fuego y usted sí —insistió el agente.

—La han escondido. En la furgoneta, seguramente. ¡Vamos, Wyatt! No trate de protegerlos. El que está delinquiendo es usted... El revólver que tenía ese barbudo sirvió para cometer un crimen. Se llevaron el cadáver y deben haberlo enterrado en cualquier parte.

Wyatt no replicó. Dejaba que Mac Nally hablara, pero sin darle el menor crédito.

—Está bien... Deme la llave de la oficina —exigió Mac.

Marina apareció en el umbral de la puerta. Wyatt, al verla, desvió la cuestión.

—Has elegido un mal amigo. Esto va a costar un disgusto a Brent.

—Vuelve dentro, Marina —pidió Mac—. Yo me ocuparé de esos... ¿Hay algún teléfono por aquí?

—No hay teléfono en Doolittle, Nett —repuso ella.

—No importa, aguardaremos a tu hermano. Encerraré a esos... ¡Vamos, Wyatt, la llave o no será necesario que le encierre, porque pienso disparar!...

Wyatt continuó inmóvil. Mac Nally, sin perder la serenidad, pero endureciendo la mirada, disparó dos veces, junto a los pies del policía, demostrando un temple poco común.

Wyatt debió comprender que la cosa iba en serio y sacó unas llaves del bolsillo que arrojó al suelo.

—¡Recójalas! —exigió Mac Nally—. Y esta vez no lo repetiré.

Wyatt se inclinó y cogió las llaves, que entregó en propia mano. Mac las guardó en el bolsillo y luego, dirigiéndose al de la barba, le ordenó:

—Carga con tu amigo y sigue adelante.

Como el tipo parecía hacerse el remolón, Mac Nally le clavó materialmente el cañón del «Winchester» en los riñones. El otro, al fin, obedeció.

Poco después la comitiva se ponía en marcha. El de la barba, con el rubio cargado sobre uno de sus hombros, y el agente Wyatt, a su lado, todos se dirigían hacia la oficina bajo la atenta mirada de Mac Nally.

Marina seguía en el umbral de la puerta, observando la silenciosa escena.

## CAPÍTULO X

Los tres quedaron encerrados en la única celda que existía en la oficina del *sheriff* del poblado.

Los barrotes estaban oxidados y los goznes chirriaban como demonios, pero la cerradura era buena. Y cuando Mac Nally comprobó que no podían escapar les advirtió:

—Griten cuanto quieran. Saben de sobra que aquí nadie les hará caso. Y usted, Wyatt, reflexione. Todavía está a tiempo de cumplir con su deber.

—¿Cuál es mi deber, según usted?

—He acusado a esos dos hombres, ¿no? Comience a investigar.

—¡Váyase al diablo, Mac Nally! Ya le he dicho que esto le costará más caro de lo que cree.

—Está encubriendo a dos asesinos, alguacil de segunda clase. Piénselo —fueron las últimas palabras de Mac Nally antes de salir y cerrar nuevamente la puerta con llave.

Entonces recordó el disco que había grabado en el bar de la gasolinera. Marina había apuntado la posibilidad de que los chicos que lo llevaron lo hubiesen echado por debajo de la puerta, pero allí no estaba. Volvió a entrar para cerciorarse, pero, evidentemente, en el suelo no había nada.

Salió para dirigirse a la furgoneta de los compinches y buscar el revólver.

En la cabina no había nada, sólo la documentación del coche a nombre de Herbert Sthoper, de cincuenta y dos años; por tanto, la furgoneta no era del rubio. Otros documentos relativos al seguro también iban al mismo nombre. No había nada que sirviera de guía para identificar al rubio.

Buscó en la parte de atrás posibles huellas de sangre, pero no las había.

«Debían tener una manta», pensó.

No había nada más en la caja de la furgoneta. El revólver tampoco apareció.

Mac Nally buscó entonces en la motocicleta, que tampoco contenía nada que pudiera tener interés.

Decidió regresar con Marina, que al abrirle la puerta se mostraba nerviosa y agitada.

—Temo que esto no acabe bien.

—Espero que tu hermano me crea —repuso el joven.

Ella no contestó.

—¿Piensas que tampoco va a escucharme?

—No lo sé...

—Sea lo que sea tu hermano, al menos tendrá sentido del deber... ¡O sentido común!

—Si hubiera algún otro testigo... —musitó ella, pensativa.

—Marina... Yo vi cómo sacaban el cadáver... Sea quien sea esa muchacha, alguien denunciará su desaparición. Tendrán que buscarla.

—Mi hermano no querrá complicaciones, Nett. Te lo dije...

—Pues si se empeña, las tendrá, Marina, porque no voy a permitir que me dejen como embustero, y tengo medios para lograrlo.

—Sí, seguramente, pero es que... tampoco deseo que le perjudiquen... ¡Ya sé, digo pestes de él! Me fastidia su forma de ser, pero no quiero que le suceda nada.

Marina parecía confusa, aturdida y, sobre todo, indecisa.

—¿Dónde está tu hermano ahora?

Ella no contestó.

—¿De veras que no lo sabes?

Nuevo silencio de la muchacha.

—Marina... Cuando se abra una investigación, tu hermano tendrá que declarar dónde se encontraba... ¿Es eso lo que temes?

El silencio de Marina tuvo para Mac Nally el valor de una plena confirmación a sus palabras.

—Comprendo —añadió él—. Preferirá ignorar el asunto y hacerme pasar por embustero con tal de no tener que declarar...

Como ella tampoco habló esta vez, Mac Nally continuó con lo que estaba imaginando.

—Es absurdo... Quiera o no quiera tu hermano colaborar, ese

crimen saldrá a la luz. No se puede matar a una chica y hacer desaparecer el cadáver. No se puede hacer sin dejar algún rastro... Cuando presenten la denuncia darán una descripción... Ya te dije cómo era... Una chica de unos veinte años, pelo negro, largo; su estatura era más bien como la tuya, y era bonita. Y aunque borrarán las huellas de la sangre, en algún lugar quedará sin duda una pequeña muestra... Seguirán el rastro... Aquí debe haber algún sitio apto para meter un cadáver... Vamos a ver... El rubio fue el que se llevó a la chica... Luego le encontramos por el camino. Debía de haber transcurrido media hora, tal vez un poco más, treinta y cinco o cuarenta minutos, entre el tiempo que seguimos en El Parador, la pelea y llegar hasta el punto donde lo encontramos. Pongamos unos veinte minutos para la ida y un poco menos para la vuelta, porque el rabio no llegó hasta El Parador, sino que aguardó en el camino. En veinte minutos se puede hacer un buen recorrido... En el coche no había ninguna pala, ni herramientas, lo cual parece indicar que no la enterraron. Seguramente escondieron su cadáver, quizá pensó enterrarla más tarde... Si consigo que ese par de asesinos sigan encerrados, un buen equipo de especialistas no tardará en encontrar el cuerpo.

Marina continuaba escuchando en silencio, con el rostro contraído.

—Tu hermano comprenderá esto... Tendría que ser muy necio para no comprenderlo... O acaso tenga algo que ocultar... ¿Es eso, Marina? ¿Tu hermano utiliza su uniforme para hacer algo sucio?

—¡No! —exclamó ella, reaccionando de pronto—. No... Mi hermano no ha hecho nada malo.

Aquel grito, más que una defensa, a los oídos de Mac Nally sonó como una acusación.

Mac paseó en silencio durante un minuto, luego se plantó ante la ventana y miró a la calle.

—Marina. Voy a coger la furgoneta de esos tipos. Encontraré algún teléfono en alguna parte y llamaré al *sheriff* del condado. Al *sheriff* oficial. O llegaré hasta su oficina si es preciso. Desde esta ventana puedes vigilar si llega tu hermano... ¿Me escuchas?

La joven asintió.

—Oye, pues... Antes de que vaya a su oficina, háblale tú. Dile lo ocurrido y explícale que he ido a hablar con el *sheriff* oficial. Voy a

dejarte una nota escrita para él con la denuncia. Recomiéndale que no suelte a esos hombres; por lo menos al barbudo y al del pelo rubio. ¿Lo harás?

—¿Y si no me hace caso?

—Dile que si no me obedece tendrá que responder ante el *sheriff*. Ante el *sheriff* oficial. Si sabe que yo voy a dar parte, hará lo que le digo. ¿De acuerdo?

Marina asintió, pero no podía evitar su cara de angustia, de espanto.

Mac la barbilleó y, cambiando de tono, volvió a sonreír casi paternalmente.

—Tranquila, encanto, tranquila... No hagas una montaña de un grano de arena... Este pueblo puede estar abandonado y en estado salvaje, pero la ley vela por todos y en cada uno de los rincones de nuestro país. Puedes estar segura de ello.

Abrazó a la muchacha porque más que él, era ella quien deseaba sentir la protección de aquellos brazos fuertes y seguros, porque ante todo, Mac Nally sabía despertar aquella sensación de fortaleza, de seguridad en sí mismo.

—No sé si es el destino quien te ha enviado a este lugar... Seas quien seas, me gustaría poder confiar en ti y estar segura de que no vas a causarnos ningún daño.

—¿Qué daño podría causarnos?

—No lo sé. No lo sé...

—Marina... Si sabes alguna cosa..., si de veras quieres confiar en mí, hazlo...

Ella le soltó y, mirándole fijamente, musitó:

—Sabes pelear muy bien. Has podido con Jerry y sus amigos y todos son fuertes... Sabes manejar las armas con mucha soltura. Me he dado cuenta y tienes un don especial para tratar con la gente, para dar órdenes...

—Sigue...

—¿Quién eres, Nett?

El la miró gravemente para cambiar lentamente el rostro y sonreír abiertamente.

—Un chico listo.

—Ve con Dios, Nett. Ve con Dios...

—Estás temblando —musitó él, tomándole las manos.

—Déjame, Nett. Déjame. Prometo hacer todo lo que me has pedido.

El asintió y la dejó no sin cierto recelo. Lo que pasaba por su mente en aquellos momentos sólo él podía saberlo, pero tenía algo importante que hacer.

## CAPÍTULO XI

Cuando iba a poner la furgoneta en marcha, apareció Lou Charlie con su coche.

—¡Eh! Ya está listo... No he podido venir antes... El coche no tenía gran cosa. El de la gasolinera ha trabajado bien. Se lo garantizo.

—Viene al pelo, Lou. Precisamente iba a tomar prestada esa furgoneta... Por cierto, ¿dónde ha dejado a su guapa compañera? —preguntó, refiriéndose a la gorda del bar.

—Ella viene detrás. He querido probar su coche para cerciorarme de que está perfectamente.

Mac Nally pasó al volante e hizo intención de dar el encendido.

—¡Eh! Esa furgoneta... ¿No es la de esos tipos que usted dijo que eran asesinos?

—Sí, pero ya no la necesitan..., de momento.

—¿Se han ido?

—Digamos que sí —repuso Mac Nally, que no quería dar explicaciones.

—Bueno... ¿Va usted a las señas que le he dado?

—De momento tengo que hacer otro recado, pero puede que vaya, porque más o menos me pilla de paso.

—Si quiere puedo acompañarle.

—¿Por qué molestarse?

—Le indicaré mejor el camino.

—Ya le he dicho que tengo que hacer otra gestión importante...

—No importa, tengo todo el tiempo por delante. No me agrada acostarme pronto los sábados... Además, hay otra razón: me gusta su coche.

—No, no. Lo siento. Ahora no puedo, llevo prisa. Además, quizá no me dé tiempo de ir a esa cantera.

—Bueno... En ese caso... Que tenga buen viaje.

Iba a cerrar la puerta, pero rápidamente sacó un revólver de pequeño calibre del bolsillo de su chaqueta y le encañonó.

—Salga del coche y no haga tonterías. De prisa...

—¿Qué significa esto, amigo?

—Ya he perdido demasiado tiempo con usted... ¡Vamos, salga le he dicho!

—Le está temblando la mano.

—El gatillo va muy fino... Puede disparármese... Obedezca.

—¡Vaya un sitio! Sales de un lío y te metes en otro... Deben estar todos locos.

—Por última vez, amigo... Usted sabe que si disparo nadie saldrá para averiguar lo que ha pasado.

Mac Nally siguió la corriente al tipo que le encañonaba, entre otras razones porque no tenía más opción.

Lou entró rápidamente sin perderle de vista.

—¡Quieto, quieto! —advirtió—. No se aleje y dese la vuelta.

—¿Qué pretende?

—Nada... No pretendo nada. Sólo le he dicho que se dé la vuelta.

—Si quiere matarme hágalo frente a frente, pero antes dígame los motivos.

—No quiero matarle.

—¿Se trata de Teddy Smirnow? ¿El le ha pagado para esto?

—Sí... sí —tartamudeó Lou—. Eso es... Quiere asegurarse de que es usted amigo suyo.

—Miente usted muy mal. Eso no es posible, pero le complaceré...

—Entonces vuélvase. ¡Hágalo o disparo! —Y el pequeño revólver se movía demasiado nerviosamente en sus manos para que Mac Nally pudiera poner más reparos sin correr el riesgo de recibir un balazo que a tan escasa distancia hubiese sido fatal.

Lou, con la mano libre, sacó una llave inglesa que tenía escondida en el resquicio del asiento y salió del coche.

Mac Nally debió advertirlo porque se volvió bruscamente, pero la mano de Lou Charlie bajó rápidamente y la llave inglesa alcanzó el hombro del joven, que perdió toda posibilidad de defensa. Lou aprovechó la ocasión para descargar un segundo golpe, esta vez a la cabeza.

Mac Nally cayó desplomado.

Dos minutos más tarde, Mac Nally viajaba inconsciente en el asiento trasero de su propio coche. Lou Charlie lo conducía con ojos atentos por el solitario sendero. Los faros taladraron aquellos campos yermos e incultos, tierras sin vida, desoladas y tétricas.

El pueblo iba quedando atrás.

Pero entretanto...

Brent, el hermano de Marina, acababa de llegar con su ruidosa motocicleta.

Llegó por la parte opuesta, por el sur, procedente del sendero de El Parador, y fue directamente a su oficina, pero ya su hermana, que le había visto, corría calle abajo.

—¡Brent, Brent! —llamó, para evitar que su hermano entrara.

La voluminosa y corpulenta figura del *sheriff* se volvió al reconocer la voz de Marina. Le esperó.

—Brent, ha ocurrido algo —dijo ella, jadeante.

—¿Qué pasa? ¿Algún gamberro ha querido abusar de ti?

—No. No es eso... Es algo grave, Brent. Ven a casa. Tengo que explicártelo.

—¿Explicarme?

—¿No te han dicho nada?

—No, vengo directamente de... He estado haciendo la ronda.

—Es inútil que mientas, Brent... Sé que no has hecho ninguna ronda, pero esto no importa ahora.

—¿Qué diablos estás diciendo, mocosa? ¿Te importa lo que hago? ¡Vuelve a casa! Ya volveré cuando pueda.

—Brent, escúchame...

—Escúchame tú, mocosa... Tengo muchos problemas. Si no te ha ocurrido nada, déjame en paz. No me vengas con historias. Siempre sales con invenciones. Ya sé que quieres largarte de aquí, que te aburres, pero esto no es cuenta mía.

—Brent... Han asesinado a alguien —repuso ella, tratando de conservar la serenidad, porque en otro momento habría mandado a paseo a su hermano, cuyas intemperancias conocía perfectamente, y aquella noche no hacía otra cosa que tratarla como habitualmente solía hacer.

Aquellas palabras hicieron fruncir el entrecejo al *sheriff*.

—Un hombre que ha estado conmigo bailando en El Parador ha

sido testigo.

—¿Un hombre? ¿Quién?

—No le conoces...

—¡Has estado con un forastero! —exclamó él, y la muchacha había imaginado de antemano tal exclamación.

—Procura escucharme con calma, Brent.

—Bueno, sigue... Pero si te has metido en un lío...

—Yo no, Brent. Te lo prometo... Pero ese hombre ha ido a hablar con el *sheriff* oficial.

—¿El *sheriff*...? —Brent palideció. Aquélla era la peor noticia que habían podido darle. Luego reaccionó—. ¡Maldita sea!

Seguidamente, descargó sus iras contra su hermana.

—Si me hicieras caso a mí... ¿Qué diablos ha pasado? ¡Contesta!

Y sin esperar a que Marina hablara, le descargó un par de bofetadas con sus fuertes manazas que las mejillas de la joven enrojecieron tanto por el dolor como por la humillación.

—Merecerías que... alguien —empezó ella, en un arrebato de ira, pero supo contenerse.

Brent la instigó:

—¡Habla! ¿Qué es lo que merecería?

—Vete al diablo, Brent... Pero escúchame primero. Nett Mac Nally ha encerrado a los asesinos en la cárcel.

Y a Wyatt porque intenta ayudarles... Ha dejado una nota escrita...

—¿A Wyatt...? —interrumpió el *sheriff*.

Su hermana prosiguió, alzando la voz:

—Sí. Y me aconsejó que no los soltaras, porque el *sheriff* del condado va a venir a investigar. ¡Ahora ya lo sabes! ¡No digas que no te he advertido!

Habían levantado tanto la voz, que a través de la ventana de rejas de la celda de la cárcel de la oficina, que comunicaba con la parte lateral del edificio, Wyatt pudo oír las voces y gritó a su vez:

—¡Brent! Sácanos de aquí. Yo te explicaré lo ocurrido.

El *sheriff* parecía una fiera enjaulada. Miró de nuevo a su hermana y le preguntó:

—¿Dónde está ese hombre?

—Ya te lo he dicho: en busca del *sheriff* del condado. No hace ni cinco minutos que se ha ido.

Mientras Marina regresaba a su casa sin esperar a que su hermano se lo ordenara, que fue lo que hizo, entró como un alud en su oficina.

Y entretanto...

Lou Charlie seguía conduciendo cada vez más cerca del cruce de la cantera.

Mac Nally continuaba inconsciente a causa del fuerte golpe recibido.

Lo que Lou se proponía era algo que sólo él y la mujer del bar sabían.

## CAPÍTULO XII

Brent había sacado a los tres hombres de la celda y, tras cambiar algunas palabras, Wyatt preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Intentar localizar a ese maldito entrometido. Quiero saber quién es...

—Iré contigo —repuso Wyatt.

—¡No! Tú quédate con esos...

—No pensará retenemos, ¿verdad? —preguntó el rubio.

—De momento os quedaréis aquí. Tengo que cubrirme. Si ése presenta la denuncia...

—No le conviene, Brent... Nosotros también podríamos contar algunas cosas... —repuso el de las barbas.

Brent miró a los dos sujetos abriendo y cerrando los puños.

—Y no trate de quitarnos de en medio —adujo el rubio—. Empieza a haber demasiada gente enterada de las cosas... Su hermana, por ejemplo.

—De Marina me ocuparé yo... Ahora tengo que hacer.

—Bien. Entonces, nosotros nos largamos. Usted no sabe nada... Después de todo, ese Mac Nally amenazó a un agente. Éste no es modo de presentar una denuncia.

—Eres un imbécil, Wyatt —rezongó el *sheriff*—. Un perfecto cretino...

—¿Qué debía hacer según tú?

—Seguirle la corriente. Eso hubiese simplificado las cosas.

—Adiós, *sheriff* —dijo el de las barbas—. Y trate de averiguar lo que ese tipo y su hermana han hablado. Parecen muy buenos amigos... y su hermana parece una chica a la que le gusta que le hagan compañía. Es natural... en un lugar así.

—Cierra el pico. ¡Enciérralos, Wyatt!

Y para evitar cualquier intento por parte de los gamberros, sacó

su revólver y los encañonó.

—No hace bien, *sheriff*... Recuerde que si nos vemos en apuros, usted también tendrá líos.

—¡Enciérralos, Wyatt! Te hago responsable... Yo me encargaré de ese Mac Nally. ¡Vamos!

Wyatt obedeció y los dos gamberros fueron encerrados de nuevo, pero ahora solos.

Brent salió como un loco y saltó sobre la moto para ponerla en marcha rápidamente en busca de Mac Nally.

En aquel mismo instante, Lou Charlie había llegado al cruce y tomó el sendero de la derecha.

Por su parte, Brent aceleraba cuánto podía, pero cuando llegó al cruce, siguió en línea recta, pensando con lógica que Mac Nally había ido en busca de la carretera general.

Ignoraba que Mac Nally no podía ir por su pie a ninguna parte, al menos por el momento, y de acuerdo con las intenciones de Lou, quizá ni siquiera pudiera regresar al sitio del que procedía.

Lou llegó al final del viaje tras un camino lleno de baches y de barro reseco.

La luz de los faros alumbró una inmensa depresión. Más que una cantera, aquello era un lugar donde se habían hecho profundas excavaciones.

Un viejo letrero anunciaba la construcción de una planta nuclear. El letrero estaba en el suelo, cubierto de polvo.

Existían un par o tres de barracas agrupadas que en algún tiempo debieron cobijar a los guardianes de una obra de inmensas proporciones que quedó paralizada definitivamente.

Por otra parte, el lugar, lleno de desmontes, de gruesas piedras extraídas de la tierra, en la oscuridad tenía la apariencia de un paisaje extraterrestre. La enorme cavidad, en tinieblas, parecía la descripción del «fin de la tierra».

Lou no estaba para contemplar el paraje, que debía conocer bien. En aquellos momentos arrastraba el cuerpo exánime de Mac Nally hasta dejarlo fuera del coche.

A la luz indirecta de los faros, comenzó a registrar sus bolsillos. Del pantalón extrajo un par de fajos de billetes de cinco y diez dólares, que metió rápidamente en su propio bolsillo. Luego buscó su billetero. Allí Mac Nally llevaba cinco billetes nuevos de cien

dólares y un talón al portador por valor de dos mil dólares. Los ojos de Lou se agrandaron cuando cerró el billetero para guardárselo para sí. Continuó registrando los bolsillos del inconsciente Mac Nally. Dio con la cartera, de la que extrajo algunos documentos. Permiso de conducir, varias tarjetas de crédito, un carnet de seguro de accidentes, otro también de seguro..., todos a su nombre: Nathaniel Mac Nally. En el lugar destinado a la profesión figuraba: «Agente de ventas».

En otro documento figuraba el nombre de una casa comercial que fabricaba productos electrodomésticos.

Tenía también un talonario de cheques en blanco sin firmar y por lo tanto sin valor alguno.

Lou Charlie volvió a meterlo todo en la cartera para dejarla en el bolsillo del joven, al que siguió cacheando. No llevaba nada más, aparte los objetos usuales: llaves, la cuenta de un restaurante de Nueva York, etc. Un etcétera carente de valor.

Lou cargó de nuevo el cuerpo de Mac Nally, pero esta vez en la parte delantera del coche.

Cerró una de las puertas y, asomando por la otra, abierta todavía, desfrenó el vehículo.

En el suelo algo había caído procedente de alguno de los bolsillos de Mac Nally, pero Lou no lo había visto. Cerró la otra portezuela, corrió hacia la parte de atrás y comenzó a empujar. El auto estaba a unos tres metros del precipicio.

El mal terreno impedía que las ruedas rodaran bien, por lo que a Lou le costaba mover el coche.

Redobló sus esfuerzos.

El auto se movió ligeramente, pero apenas había avanzado un metro, se detuvo, porque una de las ruedas delanteras se metió en un bache.

Lou lanzó una maldición mientras continuaba empujando.

A lo lejos asomaron los faros de un vehículo. Instintivamente, dejó de empujar y buscó un lugar donde protegerse.

El vehículo que se acercaba hizo sonar el claxon un par de veces. Era un claxon que Lou conocía perfectamente porque volvió a prescindir de las precauciones para acercarse nuevamente al auto de Mac Nally, que continuaba totalmente exánime.

Medio minuto más tarde, se detenía la furgoneta conducida por

la gorda dueña del bar, que salió rápidamente.

—¿Por qué diablos has tardado tanto?

—El *sheriff* iba delante mío. He tenido que desviarme —repuso ella, lanzando un bufido como si hubiese hecho a pie el trayecto—. ¿Qué vas a hacer?

—Ya lo tengo todo...

—¿Mucho?

—Cinco billetes nuevecitos de cien y un cheque que se pude hacer efectivo en cualquier Banco, además del dinero suelto.

—¿Cuánto?

—No lo he contado... Ya tendremos tiempo.

—¡Dámelo!

—Primero, ayúdame a empujar.

—¿Eh?

—¡El coche! Voy a despeñarlo.

—¡Eso, no!

—¿Por qué no? ¿Quieres que nos denuncie?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser?

—No tiene ninguna prueba contra nosotros. ¿Te ha visto alguien?

—Marina me vio hablar con él.

—Tú solo le diste unas señas. Nada más.

—Escucha. Sólo los muertos no hablan. ¿De acuerdo? Aquí no va a encontrarle nadie. Si le encontraran pensarían que se ha despistado y ha caído solo, pero pasarán años. Te digo que es más seguro. Y no perdamos más tiempo.

—Esto sería un asesinato.

—¿Y qué? A nosotros no podrán probarnos nada...

—¿Y si Mac Nally le ha dicho a Marina las señas que tú le has dado?

—No voy a negarlo. Diré que yo vi un hombre aquí... En una de las cabañas. Si se cayó es cosa suya... Pero eso será sólo si descubren su cuerpo, y te digo que no ocurrirá.

—Lou... Si lo llevo a saber, no te propongo eso...

—Tú sabes oler el dinero, pequeña. Tenías razón: llevaba un buen pico. Ya está hecho. No temas. Ayúdame...

—Lou... Tengo miedo.

—Basta ya y escucha una cosa... Aun en el peor de los casos, es cierto que yo vi a un hombre en este lugar.

—¿Cuándo?

—No te preocupes: hace ya un par de años... Cuando vinieron aquellos tipos. ¿No te acuerdas?

—¿Te refieres a cuando buscaban a...?

—Sí... Esto se llenó de policías. Iban detrás de un atracador. ¿Recuerdas? —Siguió Lou Charlie.

La mujeruca asintió pensativa.

—Algunos días antes estuvo aquí un hombre que nadie sabía de dónde había venido y un día desapareció... ¿Quién se lo dijo a la policía? ¡Nadie! Todos le habían visto, pero se encogieron de hombros... Que se sepa, jamás fue encontrado ese sujeto.

—¿Y era el que tú viste aquí?

—El mismo... Y de la misma forma que le vi yo, tal vez alguien más estaba enterado, pero callaron... Créeme, para descubrir a un criminal se necesitan pruebas.

—Háblame de ese hombre, Lou... Y de ti. ¿Qué hacías aquí? ¿Qué buscabas?

—¡Vete al diablo con tantas preguntas!

—Lou... Aquí hay algo que no acabo de ver claro.

—Escucha, cuando terminaron las obras se encontraron algunas cosas que algunos habían perdido..., y material abandonado. Algo de aquello tenía valor como chatarra, y la chatarra es lo mío, ¿no? Pues esto contesta mi pregunta. A veces vuelvo por aquí; por eso lo descubrí todo.

—¿Qué descubriste?

—Un cadáver... Bueno, lo que quedaba de él.

La mujer palideció.

Lou terminó de explicar:

—Te digo que había visto a un sujeto aquí, ¿eh? Seguro que era el que buscaba la policía, y callé... El cadáver lo descubrí hace poco: habían pasado casi dos años. ¿Crees que debía decir algo?

—¿Y cómo sabes que era el mismo hombre?

—Porque cerca de él llevaba un chisme en la cabeza, una cosa rara, creo que la llevan los rusos, y recuerdo también sus ropas; aunque deterioradas, eran las mismas. Estaba medio cubierto con piedras... Te digo que era el mismo. Se lo cargaron, y nadie lo ha

descubierto.

—¡Lou! Y si fuera el mismo hombre que está buscando Mac Nally...

—No, no puede ser. El que éste buscaba se llama Teddy Smirnow. ¿No es así?

Ella asintió.

—Aquel tipo se llamaba de otra manera. Salió en los periódicos. Sí... Algo así como Addy, o Adley, y su apellido era Carson, de eso sí estoy seguro.

E insistió:

—Y no lo encontraron. Nadie va a encontrar a éste. Y ya hemos perdido demasiado tiempo. Ayúdame a empujar.

Mac Nally, completamente ignorante de que jamás iba a despertar, seguía en la misma posición que su asesino le había dejado.

Lou y la mujer gorda empujaron los dos a la vez.

## CAPÍTULO XIII

Los esfuerzos de la pareja de asesinos en potencia habían conseguido que la rueda encallada en el bache rodara de nuevo. Y el auto avanzó un metro más, salvando el accidentado terreno.

Un último esfuerzo sería suficiente para llevarlo hasta el borde del precipicio. Luego...

Unos minutos antes de que Lou y la mujeruca comenzaran a empujar, en la cárcel de la oficina de Brent, en Doolittle, tenía lugar la siguiente conversación entre los dos presos y Wyatt:

—Wyatt —había dicho el barbudo—. Te conviene soltamos. No volverás a vemos el pelo por aquí. De eso puedes estar seguro... Y siempre te queda el recurso de decir que te sorprendimos.

—Ese cuento no se lo creería nadie —repuso el alguacil.

—Wyatt —añadió el rabio—. Brent está demasiado asustado. Puede cometer una tontería. Y luego está la hermana. Las mujeres son más peligrosas todavía cuando les da por hablar...

—¿Qué estáis pensando?

—En nosotros, y en ti también, Wyatt... Si el *sheriff* del condado abre una investigación se sabrán muchas cosas...

Wyatt palideció. «Sabía» lo que aquel par de tipos querían decir.

El rubio continuó:

—Si nosotros no hablamos, tú podrás estar tranquilo; de lo contrario, se harán preguntas... Se hablará de cierto tipo desaparecido misteriosamente hace un par de años.

—He dicho que basta...

El rubio chasqueó cínicamente la lengua y añadió:

—Vamos, vamos... Todo el mundo comete equivocaciones... Esa chica que, según Mac Nally, hemos liquidado nosotros..., ni siquiera la conocemos. No sabemos de qué nos habla... Sería difícil que pudiera probarlo.

—Pero él os vio.

—El no vio nada —sonrió el de la barba—. Absolutamente nada. Porque nosotros no estuvimos allí.

—¡Estáis locos! Os reconocerían.

—Te equivocas... En primer lugar porque en El Parador nadie puede reconocer a nadie, y en segundo lugar porque «no estuvimos». Esto será lo que diremos... en último extremo, pero si nos acosan, entonces «saldrán esas otras cosas». Así que... suéltanos —dijo el barbudo.

—Está bien. Os dejaré libres, pero... largaos enseguida. Y no molestéis para nada a Marina. ¿De acuerdo?

—Lo que tú digas, Wyatt —sonrió el rubio.

—¡Ah! ¡Otra cosa...! Mac Nally habló de un revólver. ¿Lo escondisteis?

Los dos sujetos sonrieron y el rubio murmuró:

—Quieres saber demasiado. ¡Nosotros no usamos armas!

Wyatt, abriendo la puerta, espetó:

—Sólo os lo decía para que borrarais las huellas, estúpidos... Y si os cogen con un arma, entonces será difícil que nadie os salve.

No contestaron. Salieron de su encierro y con un ademán ambiguo se despidieron del nervioso Wyatt. Luego, ambos se dirigieron lentamente hacia la furgoneta.

Era el momento que el vehículo donde yacía inconsciente Mac Nally estaba recorriendo su último metro.

El borde estaba próximo, muy próximo.

La brisa levantaba el polvo del lugar e hizo revolotear también el papel que había caído de las ropas de Mac Nally.

Lou sudaba.

—Un esfuerzo más.

La mujeruca lanzó un bufido. Ella no podía más.

—Espera un momento. Esto pesa como un demonio.

El papel revoloteó de nuevo, mientras la mujer se apoyaba de espaldas contra la trasera del coche.

Fue entonces cuando a lo lejos apareció un potente faro. El viento trajo hasta donde se encontraban Lou y la mujer el eco del motor de una motocicleta.

—¡Mira! —gritó ella.

—¡A la furgoneta, corre! —exclamó Lou—. Maldita sea, un momento más y ya habríamos despeñado el coche.

Lou tuvo que tirar de la mujer cuya gordura le impedía correr más aprisa.

Subieron por fin al vehículo mientras la motocicleta ganaba terreno.

—¡Nos descubrirán! —exclamó ella.

—Cierra el pico —gruñó Lou, y puso en marcha el vehículo, haciéndolo andar campo a través por entre los baches y pequeños montículos de fango reseco.

Se ocultaron detrás de una montaña de tierra y Lou paró el motor de la furgoneta.

—¿Qué será? —murmuró ella, al ver asomar la motocicleta.

Por la luz indirecta de los faros del coche y la de la moto pudieron apreciar una figura inconfundible: la de Brent.

—¡Es el *sheriff*!... ¿Qué ha venido a hacer aquí? —susurró Lou —. ¿Seguro que no te ha visto?

—He procurado que no me viera.

Brent había descubierto el coche al borde del precipicio y se aproximó a él.

El viento aumentaba su intensidad por momentos, formando remolinos. El papel caído de alguno de los bolsillos de la ropa de Mac Nally se arremolinó también hasta chocar con el cristal trasero de su automóvil, donde quedó como pegado. Era un recorte de periódico. El *sheriff*, al acercarse, no se dio cuenta. Sacó su linterna para examinar el interior del vehículo. Así pudo descubrir a Mac Nally. Abrió rápidamente la puerta y enfocó la linterna a su rostro, después de volverle ligeramente.

Le recordó de modo fugaz de haberle visto en el bar al pasar él por delante aquella tarde. Buscó en sus bolsillos y sacó su documentación.

La mujer, impaciente, musitó:

—¿Qué está haciendo?

—No sé, no puedo verle, pero seguro que trata de identificarlo.

—Nos descubrirá.

—Cierra el pico.

Brent volvió a guardar los documentos en la chaqueta de Mac Nally y, dejando la puerta abierta, sacó su revólver y miró alrededor como si buscara a alguien.

El silencio era absoluto, cortado a ráfagas por el leve silbido del

viento, que seguía aumentando.

Se adelantó hasta la parte trasera del coche y se agazapó como si esperara cualquier ataque.

—Nos está buscando, ¿verdad? —inquirió la mujer.

—No nos encontrará.

—Salgamos de aquí.

—No digas idioteces. Nos seguiría y con la motocicleta nos alcanzaría. Calla. Y si se acerca, me libraré de él.

—¡No! Eso no... Sería demasiado.

—No he dicho que lo mate. Le golpearé... con una piedra. Nunca sabrá quién lo ha hecho.

—Pero ahora ya ha visto a Mac Nally.

Lou lanzó un bufido. Su compañera le estaba poniendo demasiadas dificultades, y la verdad es que las dificultades existían.

Brent se incorporó y vio moverse el papel, que aún parecía pegado en el cristal trasero. Instintivamente, lo tomó. Vio que se trataba del recorte de un periódico y enfocó su linterna hacia él.

Sus ojos se agrandaron al leer la nota inserta en aquel pedazo de papel.

—No... no... no puede ser —exclamó en voz baja—. No puede ser...

## CAPÍTULO XIV

Esto sucedía en el mismo momento en que los dos compinches a quien Wyatt acababa de dejar en libertad decidieron hacer algo por su cuenta.

—La chica... —dijo el rubio.

—Sí. Será mejor terminar con este asunto. Ella es quien verdaderamente me preocupa.

Y los dos tipos avanzaron por el centro de la calle, como dos reencarnaciones de la época de los matones del legendario Oeste. No llevaban pistolas colgando de sus fundas, y no había caballos alrededor, sólo una presunta víctima que esperaba en el interior de su casa: Marina.

—Ya tendremos tiempo de ocuparnos de Mac Nally —murmuró el rubio—. Y lo estoy deseando. Me debe un par de caricias. Y me las cobraré personalmente.

El *sheriff* Brent tenía la nota del periódico ante sus ojos. Era un escrito breve en grandes caracteres. El *sheriff* ya lo había leído en otra ocasión porque estaba seguro de que aquel periódico era por lo menos de tres años antes.

«Adley Carson, el cajero de la Eastern News Insurance, que se apoderó de la suma de  
800 000

dólares y sigue sin aparecer. La compañía aumenta la recompensa hasta el diez por ciento, sobre el dinero recuperado, a quien facilite cualquier detalle que permita encontrar al cajero fugitivo».

Sobre la nota aparecía la fotografía de Adley Carson, que aparentaba unos cuarenta y cinco a cincuenta años, junto con su filiación personal, estatura, peso, edad exacta (cuarenta y ocho

años) y demás señas.

El *sheriff* arrugó aquella nota entre sus manos nerviosamente, como si un espectro del pasado volviera para hacerse realidad otra vez.

Se separó del coche y buscó pistola en mano, dirigiendo el haz de luz de linterna hacia todos lados.

Entonces descubrió parte de la furgoneta que asomaba ligeramente detrás del montón de tierra.

Apagó la linterna y dio un pequeño rodeo, procurando no hacer ningún ruido.

En el pueblo, entretanto, los dos compinches estaban ya muy cerca de la casa. Marina se hallaba sentada en su cama; era la habitación contigua por la que había entrado Mac Nally cuando trepó por la balaustrada.

El *sheriff* sorprendió a la acurrucada pareja formada por Lou y la mujer gorda.

El chasquido del percutor les sobresaltó.

—Lou Charlie... ¡Habéis sido vosotros! —espetó Brent.

No supieron qué contestar. Con las pupilas desorbitadas, aparecían como lo que eran en realidad: ladrones sorprendidos con las manos en la masa.

—Está bien... Nosotros no sabemos nada —reaccionó Lou—. Y aparte esa luz...

—No sabéis nada, ¿eh? ¿Y qué hacíais aquí? ¿Quién le ha traído?

—¡No sabemos nada! —insistió Lou.

—Esto puede costaros caro, y lo sabéis. He registrado a ese hombre. Lleva toda la documentación, pero ni un solo dólar... Bueno... Voy a proponeros un trato. Si no os conviene, peor para vosotros.

Lou y la mujeruca cambiaron una mirada. El *sheriff* continuaba enfocándolos.

—Es el tipo que iba con mi hermana, ¿verdad? —empezó Brent.

Lou asintió, haciendo callar a la mujer, que pretendía anticipársele.

—Yo contestaré. Esto es cosa de hombres —dijo el compañero de la gorda.

El *sheriff* prosiguió:

—Sé que iba a telefonar al *sheriff* del condado... Vosotros debéis saber si lo hizo.

—No, no lo hizo... Dijo que tenía que hacer unas cosas, pero no tuvo tiempo, y en el pueblo no ha podido telefonar porque no hay teléfono; pero... ¿por qué le interesa tanto?

—Eso es asunto mío... —Y siguió—: Vosotros seguisteis a ese tipo, ¿eh?

—Bueno... Tropezamos con él casualmente.

—Quizá. Le vi en tu bar. No lo niegues —dijo a la mujer, que asintió—. Está bien. Ahora decidme lo que sepáis. Todo.

Tras un silencio, Lou murmuró:

—Lo mismo que usted. Se hace llamar Mac Nally.

El *sheriff* les puso delante de los ojos el recorte de papel arrugado. Lou lo tomó, lo alisó y leyó la nota.

—¡Oiga! Ese tipo es el que la policía estuvo buscando hace unos dos años, ¿no?

—Sí —repuso Brent—. Y quiero saber de dónde ha salido este papel. ¿Lo llevaba él, eh?

—Yo no me he dado cuenta... Pero, oiga, Brent, nada de lo que le diga ahora pienso repetirlo. Téngalo presente.

—De acuerdo, pero quiero la verdad... Este papel ha estado conservado en una cartera y tú registraste la cartera de Mac Nally, ¿no?

Esta vez, Lou no contestó.

—Sois un par de ladronzuelos y lo sé... Ibais a por su dinero... ¡Venga! Dádmelo.

Silencio.

Brent hizo chasquear el percutor de su revólver.

—Si os liquido aquí mismo y os echo en el agujero que pensabais tirar a Mac Nally, ¿quién creéis que va a encontraros?

—Usted sabe que aquí no busca nadie, Brent. Lo sabe bien, ¿verdad? Debe saber también que alguien liquidó a Adley Carson por aquel entonces... Este lugar también le atrae, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Yo me lo sé, Brent. No estamos tan cogidos como piensa... Y no se atreverá a liquidarnos... Ahora empiezo a ver claro. Si ese recorte lo llevaba Mac Nally, significa que... —vaciló un momento—. ¡Claro! Puede que se trate de un policía. ¿Es esto lo que está

pensando?

El *sheriff* lanzó un bufido y se movió nerviosamente.

—¿Preguntó por alguien? ¡Vamos, hablad, y dejad de hacer conjeturas!

Su mano se movía nerviosamente y la mujer soltó:

—Buscaba a un tal Smirnow. Daba buenas propinas y llevaba un buen fajo de billetes en el bolsillo. Sólo pretendíamos...

—¿Smirnow? ¿Estáis seguros que dijo ese nombre? —preguntó Brent.

De nuevo fue la mujer la que asintió.

—Aparte de vosotros y mi hermana, ¿quién más le vio?

—Estuvo en El Parador —repuso Lou.

—Bueno, allí es difícil que puedan fijarse en uno. Lo conozco bien... ¿Dónde más estuvo?

—En la gasolinera.

—¡Maldita sea! ¡Le ha visto demasiada gente! —Luego, pensativamente, repitió en voz alta—: Smirnow...

—¿Cree que puede ser un policía? —preguntó la gorda.

—O un agente de la compañía Eastern; pero lo de Smirnow no tiene sentido. ¿Cuánto llevaba encima? Y quiero verlo con mis propios ojos. Nada de vaguedades. Hablo en serio.

El par de gamberros golpearon por segunda vez la puerta de Marina.

El rubio gritó:

—Está bien, muñeca. Si no quieres abrirnos, utilizaremos el mismo camino que tu adorado amigo.

Marina les había visto desde la ventana, y ahora pudo ver cómo el rubio, cumpliendo lo que acababa de decir, trepaba ya por una de las columnas del porche para saltar por la terraza.

Aquello la asustó de veras y sin dudarle fue en busca del rifle, pero el de la barba esperaba abajo, junto a la puerta. Por los cristales podía ver el interior gracias a la luz de la salita y así observó lo que ella estaba haciendo.

Para evitar que disparara contra su amigo que ya había alcanzado la terraza, se lanzó contra el cristal de la ventana.

Marina, sobresaltada, se revolvió, pero la sorpresa le hizo perder un tiempo precioso y el barbudo se lanzó sobre ella impidiendo que

disparara.

La joven forcejeó entre los férreos brazos que trataban de aprisionarla, pero el de la barba había conseguido retorcerle la muñeca y ella tuvo que soltar un grito de dolor.

¡Cuánto echaba de menos en aquellos momentos la ayuda de Mac Nally!

Pero también Mac Nally la necesitaba y tal vez más que ella misma, porque...

## CAPÍTULO XV

El *sheriff* se guardó el dinero en el bolsillo.

—No puede hacer esto, Brent —protestó Lou Charlie.

—No puedo, ¿eh? Voy a olvidar lo que he visto y lo que me habéis contado. Largaos.

—¿Y qué piensa hacer con él? —preguntó la mujer señalando el coche donde seguía Mac Nally.

—Es asunto mío. No os preocupéis.

—¡Nos denunciará! —protestó ella.

—¡Largo! He dicho que no diré nada, pero necesito saber quién es... ¡Fuera!

—Brent. Ese dinero era nuestro... —protestó Lou.

—¡Canallas! Pretendíais matarle y aún protestáis...

—Usted tampoco tiene la conciencia muy limpia que digamos —amenazó Lou.

—Fuera, fuera. Pensad lo que queráis, no importa; pero mucho cuidado conmigo. ¿Eh? Y ahora fuera.

La pareja avanzó hacia la furgoneta. La mujer se daba por medio satisfecha de que las cosas terminaran de aquel modo, pero Lou pensaba en un final mejor para ellos y cuando estuvo cerca de la furgoneta sacó el revólver de pequeño calibre que llevaba en la chaqueta. Brent había cometido el error de no cachearle y lo iba a pagar caro.

Lou se encaró con Brent que iba a guardar su revólver sin duda porque estaba lejos de suponer que Lou fuera armado.

—Quieto Brent. Ha cambiado la decoración.

Brent, sin embargo, reaccionó de forma distinta a la que Lou pensaba. Agil, a pesar de su corpulencia, se echó a un lado y trató de repeler la acción disparando primero.

Surgió el primer fogonazo y se produjo un estampido. La mujer lanzó un grito. Lou disparó también y el *sheriff* soltó una maldición.

—¡Le he dado! —exclamó Lou jubiloso.

El *sheriff* soltó su revólver y se retorció hasta caer de bruces. Lou fue a comprobar personalmente que Brent estaba fuera de combate. Se volvió hacia la mujer y dijo:

—Nos desharemos de... —se interrumpió al ver a la mujer en el suelo. ¡La bala de Brent la había alcanzado a ella!

—¡No! —gritó, y corrió a su encuentro.

Ella jadeaba, tenía sangre que fluía de alguna parte de su cuerpo y empapaba su vestido desde la altura del vientre.

—¡Oh! No... —musitó Lou.

—No debiste hacerlo.

—Te llevaré a casa. ¿Puedes moverte?

—No, Lou. Estoy malherida.

—No es nada. Verás cómo no... Te llevaré a la furgoneta. Tendida estarás mejor.

—No. No me toques. No quiero moverme.

—No puedes quedarte aquí. Verás...

Marina pudo zafarse de la presa de que le hacía objeto el de la barba pegándole un mordisco en el brazo. El tipo gritó mientras ella echaba a correr hacia la puerta.

El rubio estaba arriba en lo alto de la escalera.

—¡Se escapa! —gritó.

Marina había alcanzado la puerta y salió corriendo por la calle. Gritaba inútilmente. Sabía que nadie le haría caso pero aun así prefería desahogarse.

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

Los dos tipos se lanzaron frenéticos a perseguirla. Ella corría hacia la furgoneta. Era quizá su última salvación.

Lou, jadeante, había conseguido colocar a la mujer en su furgoneta a pesar de las protestas de ésta.

A continuación corrió hacia el automóvil para despeñarlo de una vez.

Ahora tenía prisa para terminar cuanto antes. Empujó con fuerza sin cerrar la puerta que el *sheriff* había dejado abierta.

Las ruedas estaban separadas cuarenta centímetros del abismo.

Un empujón con fuerza bastó para que el vehículo efectuara el recorrido final.

El coche llegó hasta el borde y se precipitó al fondo. La carrocería chocó una y otra vez con la pared levantando una gran polvareda. Los golpes resonaron por la zona. Luego se hizo el silencio.

Lou pensó en el *sheriff* y corrió a su lado. También lo haría desaparecer. Éste era su propósito. Pero se olvidó de algo...

Marina cruzó la plaza, aproximándose a la furgoneta. Pero los dos gamberros estaban ya a punto de alcanzarla.

Wyatt salió de la oficina.

—¡No! —gritó—. Os dije que la dejarais en paz.

No le hicieron ningún caso. Marina tropezó y cayó al suelo. El rubio saltó sobre ella.

Los dos rodaron por el suelo. Marina forcejeaba para librarse del rubio, pero él, con más fuerza, conseguía dominarla.

Wyatt corrió hacia ellos.

—¡Suéltala! —ordenó.

—No te metas, Wyatt —advirtió el barbudo.

—Os he dicho que la soltéis. Estáis locos. Si Brent lo sabe nos matará a los tres.

—¡Aparta! —le empujó el barbudo.

Wyatt sacó su revólver. El barbudo intentó echáserle encima al tiempo que gritaba:

—¡Cuidado!

El rubio se separó de la muchacha, mientras que en el forcejeo Wyatt disparó su revólver. El balazo alcanzó al rubio. Le dio en mitad del pecho.

Se produjeron unos momentos de confusión. El de la barba reaccionó golpeando a Wyatt que también indeciso, al darse cuenta de que involuntariamente acababa de matar al otro, perdió un tiempo demasiado precioso.

Marina también supo sacar provecho de las circunstancias y reemprendió la carrera.

El barbudo se apoderó del arma que Wyatt había perdido al ser golpeado y salió en pos de la muchacha.

Pero Marina había llegado a la furgoneta. Su enemigo efectuó un par de disparos que taladraron el parabrisas, sin alcanzarla.

Nerviosa e inexperta, logró sin embargo poner el vehículo en

marcha echándose materialmente sobre su enemigo que la esquivó saltando a un lado.

El de las barbas corrió hacia la moto para lanzarse a perseguirla.

Wyatt se incorporó impotente.

Y mientras...

Lou Charlie arrastró el cuerpo del *sheriff* hacia el borde del abismo.

Pero alguien se movía entre los desmontes.

Era Mac Nally.

El error de Lou había sido no preocuparse de mirar si Mac Nally seguía en la parte delantera del coche. Lo daba por seguro. Además, con las prisas, lo único que le interesaba era hacer desaparecer el vehículo.

Pero Mac Nally se había recobrado unos momentos antes. Se sentía aturdido todavía por el tremendo golpe recibido en la cabeza que le dolía demasiado y le impedía dejarle coordinar.

Más o menos tuvo alguna noción vaga de lo que sucedía y reaccionó con algo más de intensidad cuando se produjeron los disparos. Entonces fue cuando se arrastró fuera del coche y consiguió quedar oculto entre los desmontes.

Intentó por todos los medios autosugestionarse para recobrar su pleno dominio, para dominar y vencer el dolor que sentía en la cabeza. No le resultó fácil y Lou había podido obrar a sus anchas.

Ahora por fin, en los siguientes minutos sus esfuerzos iban dando su fruto, pero estaba lejos de recobrar la plenitud de sus fuerzas.

Vio, eso sí, cómo Lou arrastraba el cuerpo de Brent. Lo tenía ya muy cerca del precipicio.

Para sí, Mac Nally se repetía:

«Tengo que hacer algo, tengo que hacer algo».

Lentamente había vuelto a la realidad de lo ocurrido en el pueblo, cuando Lou le golpeó. La consciencia volvía a él, pero las fuerzas seguían siendo débiles.

Tanteó el terreno y casualmente dio con una piedra. Era la única arma de que disponía.

Lou estaba ya junto al abismo.

Haciendo un supremo esfuerzo, Mac Nally se levantó. Echó

hacia atrás ambas manos sujetando la gruesa piedra. Lou iba a empujar ya al *sheriff* al abismo.

Mac Nally arrojó la piedra contra el cuerpo de aquel sujeto carente de escrúpulos.

Lou cayó alcanzado por la espalda. Sus piernas se doblaron y por un instante pareció que su cuerpo iba a caer al abismo, pero Mac Nally consiguió sujetarle para evitar la caída.

—Tienes muchas cosas que contar, hijo de perra —murmuró en voz alta.

## CAPÍTULO XVI

Tras comprobar que el *sheriff* Brent aún respiraba lo cargó en la furgoneta, dejó también a Lou inconsciente a su lado. Le quitó el revólver de pequeño calibre y se puso al volante para salir de aquel lugar.

Se encontraba algo mejor y la cabeza le dolía menos, pero no sabía hasta cuándo podría aguantar, por eso precisaba dirigirse hacia algún lugar donde todos pudieran ser atendidos.

Condujo el automóvil en dirección al sendero de Doolittle, pero al llegar al cruce enfiló hacia la carretera general. Necesitaba encontrar un hospital o algún sitio donde pudieran socorrerles y en Doolittle sabía que no encontraría nada.

La decisión de no volver a Doolittle le impidió cruzarse con Marina que había tomado también el sendero de la general huyendo de su tenaz perseguidor.

Mac Nally llevaba un par de kilómetros de ventaja a la muchacha y procuraba acelerar. A medida que pasaba el tiempo iba encontrándose mejor y su temor era más por los heridos. Querían que vivieran para poder enterarse de lo ocurrido.

Marina, por su parte, hacía sonar el claxon, como si esperase el milagro de ser oída por alguien.

Al barbudo le llevaba escasa distancia, pero quería reducirla definitivamente y disparó un par de veces con el revólver de Wyatt.

Una de las balas alcanzó una rueda de la furgoneta y Marino no supo cómo controlarla. El vehículo comenzó a zigzaguear y por un momento parecía que iba a volcar, pero todavía continuó unos cuantos metros.

El retumbar de los disparos sí había sido oído por Mac Nally que detuvo en seco la marcha de su auto. Saltó y trató de orientarse.

A lo lejos, en aquella recta monótonamente llana, observó el resplandor de los faros.

Ella seguía tocando la bocina del vehículo. El de la barba disparó por tercera vez, alcanzando de nuevo la rueda.

Marina había conseguido avanzar unos quinientos metros o más, pero al recibir la rueda el segundo impacto ya no fue capaz de dominar el vehículo, que volcó.

A un kilómetro y medio aproximadamente, Mac Nally descubrió el haz de luz de la moto y tuvo un presentimiento. Además, había oído claramente los disparos y el claxon o la bocina.

Volvió a la furgoneta, dio la vuelta metiéndose por el descampado y tomó la dirección de Doolittle.

El de la barba había bajado de la moto para acercarse a la furgoneta. Marina, algo magullada, intentaba salir de la cabina.

Cuando el de la barba se acercó, sonrió al ver la difícil situación de la muchacha, pero su sonrisa se le heló en los labios al advertir la presencia del vehículo que se acercaba. Corrió a ponerse en guardia.

Mac Nally, pisando a fondo, estaba a medio kilómetro escaso de distancia.

El de la barba se metió en el descampado buscando un parapeto. Marina asomó por fin de la cabina gritando.

—¡Auxilio, auxilio!

El de la barba había encontrado un desmonte apropiado para protegerse.

Mac Nally frenó la furgoneta junto al otro vehículo volcado. Marina a duras penas conseguía levantarse.

—¡Nett! —gritó.

El corrió a su encuentro.

Desde su parapeto el de la barba disparó y Mac Nally se echó al suelo arrastrando a la muchacha que gritó:

—¡Cuidado! Trata de matarme. Es el asesino de la muchacha.

Parapetados ambos junto a la furgoneta aguardaron. Mac Nally sacó el revólver que había quitado a Lou y asomó un momento. El de la barba, creyéndole indefenso, avanzó un poco más y disparó de nuevo. Mac Nally, pudo guiarse por el fogonazo y regresando junto a la muchacha le advirtió:

—Toma una piedra y cuando te lo diga, arrójala en aquella dirección.

Marina asintió. Mac Nally avanzó hacia el otro lado, siempre

protegido por la furgoneta volcada.

El de la barba se aproximaba con sigilo.

—Ahora —susurró Mac Nally y ella soltó la piedra.

El de la barba disparó dos veces, pero a la segunda el percutor picó sobre vacío. ¡Tenía el revólver descargado!

—¡Se acabó, amiguito! —exclamó entonces Mac Nally yendo a su encuentro.

El barbudo, acorralado, le lanzó el revólver que Mac Nally pudo esquivar, pero al mismo tiempo, el asesino saltó sobre el joven.

Mac no había perdido su destreza en la lucha y con una llave bien aprendida, saltó con los pies por delante. El golpe dejó fuera de combate al sujeto, como si un rayo acabara de fulminarlo.

La pesadilla para Marina había terminado y la muchacha, al límite de su tensión, se abrazó a su salvador.

Tras el largo abrazo, ella murmuró:

—Mi hermano ha salido en tu busca.

—Lo sé —repuso él—. Ya te lo contaré por el camino. Ahora llévame a un hospital o algún lugar donde haya médicos. Vamos, sube. Yo cargaré a éste —y señaló al de la barba.

Amanecía cuando en el centro quirúrgico de urgencia, Mac Nally y Marina seguían esperando el informe médico.

La muchacha sabía ya lo ocurrido en aquel lugar denominado la cantera, pero ella también tenía algo que decir al joven.

—Ojalá te lo hubiese dicho antes. Quizá tú... hubieras podido evitar lo que pasó.

—Te lo pedí, Marina. Te dije que si tenías algo que decir, me lo confiaras.

—Sucedió hace tiempo. Algo así como dos años.

Y Marina contó lo que Lou había recordado a la gorda mujeruca del bar.

Explicó la presencia de un hombre y su posterior desaparición y añadió:

—Cierta vez oí que Brent y Wyatt decían algo al respecto... que habían visto alguien —y rememoró un breve fragmento de la conversación sorprendida.

«—Esto no debe saberlo nadie. Pase lo que pase —había dicho Wyatt.

»—Pero si nos descubren... A ese hombre le han visto —replicó

Brent.

»—¿Y qué...? Nada podrán probarnos...».

—Advirtieron mi presencia y callaron —siguió Marina—. Jamás supe la verdad. Luego llegaron los policías. Inundaron todo de fotografías de un hombre. Decían que había robado mucho dinero.

—Ochocientos mil dólares —repuso Mac Nally.

—¿Lo sabías?

—Sigue, por favor.

—No hay mucho más que contar. Entonces vivía más gente en el pueblo, pero nadie dijo nada. Si le habían visto, callaron. Mi hermano tampoco dijo nada. Desde entonces he vivido temiendo que se hubiese mezclado en algo en lo que no me atrevía ni pensar.

—¿Esto es todo?

—Nett. Tú debes saber algo más. ¿Verdad? Necesito confiar en alguien.

—Por favor, Marina. Necesito más cosas. Por ejemplo... ¿Qué hace tu hermano cuando se ausenta del pueblo?

Tras una breve vacilación, ella terminó explicando:

—Sé que... va a un garito clandestino. Hay mujeres y juego.

—Para jugar se necesita dinero, Marina. Supongo que lo sabes.

—¡Dios mío!

—Piensas que tu hermano y Wyatt mataron a ese hombre y se quedaron con el dinero.

—No puedo creer eso de Brent. Eso no...

—¿Descubriste alguna vez más dinero del que normalmente debéis tener? ¿Lo descubriste en tu casa?

—Una vez. Mi hermano tenía grandes planes entonces. Habló de marchar del pueblo, pero eso duró poco. Todo volvió a ser igual que antes y su carácter empeoró. Nunca me atreví a preguntarle la razón.

—Porque te daba miedo conocer la verdad. No tuviste valor. Bueno, eres casi una niña en el fondo.

—¡Nett! ¿Qué va a pasar ahora? ¿Quién eres tú en verdad? ¿Quién es ese hombre que buscas?

La llegada del *sheriff* del condado cortó la conversación. Le acompañaban dos agentes uniformados.

—¿Es usted Nett Mac Nally? —preguntó el representante de la ley.

—Sí, yo soy.

El recién llegado miró a la muchacha y Mac Nally se apresuró a decir:

—Es la hermana de Brent.

—Bien, quiero hablar con usted a solas —repuso el *sheriff*—. Acompañeme, el doctor Spencer nos cede su despacho.

## CAPÍTULO XVII

El *sheriff* oficial de la región explicó brevemente que había estado investigando y terminó:

—La mujer ha muerto, pero antes nos ha contado cierta historia, y Lou Charlie la ha confirmado. Creo que estamos en el buen camino.

—¿Y Brent? ¿Cómo está?

—Mal, pero esperemos que pueda hablar. ¿Consiguió algo de su hermana?

—Preferiría no mezclarla en esto. A propósito, *sheriff*. ¿Sabe quién soy yo?

—Me informaron desde Nueva York —repuso el *sheriff*—. Tienen ustedes la mala costumbre de actuar por su cuenta, como si los demás no contásemos. Por suerte su jefe es un buen amigo mío. El bueno de Scothy.

—*Sheriff*, aunque pertenezco al FBI, éste es un trabajo especial. Si hay alguna responsabilidad la acepto de antemano.

—¿Trabajó por su cuenta? —inquirió el *sheriff*.

—Absolutamente.

—Tiene usted un buen jefe. Se olió el asunto y me advirtió a tiempo, pero creí que todavía no había llegado. A propósito. Tengo el disco que grabó usted en aquel infecto local de la gasolinera.

—¿El disco? Yo creí que...

—Sí. El barman dijo que había entregado un disco a unos chicos. Debo aclararle que yo estuve allí en plan de inspección. Lo hago a veces, sólo que en esta ocasión quería saber si usted había llegado ya.

—No le entiendo. ¿Quién le entregó el disco?

—No sé qué disco daría usted al barman, pero el que grabó denunciando a los asesinos, seguía en la máquina. Lo miré por

casualidad y al apretar el botón salió.

—¡Cielos! Yo había grabado uno por la tarde y lo dejé dentro. Luego, al grabar el siguiente, salió el primero. Así que... de nada habría servido de haber llegado a manos de Brent.

—De todos modos no habría servido de ninguna manera. A Brent nunca le gustaron las inspecciones. No nos metíamos con él, porque Doolittle va a desaparecer pronto. Pero volvamos a lo nuestro. Por el disco me enteré de que estaba usted allí. Cuando llegué a Doolittle, Wyatt me informó. Tenía que justificar un muerto. Un tipo rubio al que andábamos buscando. Luego acabó contando parte de lo que había ocurrido allí, llamé a mi oficina y allí me informaron de la llamada recibida del centro quirúrgico. Es el procedimiento normal. Ellos tienen el deber de advertirme. ¿Satisface eso su curiosidad?

—No le he pedido tantas explicaciones, *sheriff*, pero agradezco que se haya tomado interés.

—Volviendo al asunto. Por las declaraciones de la mujer y de Lou Charlie, todo parece demostrar que ese ladrón que se buscó intensamente durante mucho tiempo hará cosa de dos años, se refugió en Doolittle y alguien le asesinó, seguramente para quedarse con el dinero.

—Es lo que estoy temiendo. ¿Piensa en Brent?

—Espero que nos lo diga él mismo. Está muy mal. A la hora de la muerte muchos prefieren aligerar su conciencia. En último caso nos queda una solución. ¿Por qué no se presenta usted a Wyatt y le dice que es agente federal? Dígale que Brent ha firmado una declaración y que sólo necesita corroborarla, eso quizá desate su lengua.

—Es un truco demasiado viejo.

—No pierde nada con intentarlo.

—Prefiero esperar.

El médico entró en aquel instante para informar:

—Brent quiere hablar con usted —y se dirigió a Mac Nally.

El del FBI cambió una mirada con el *sheriff* y siguió rápidamente al doctor.

Poco después el joven se hallaba ante el moribundo.

—No quiero que mezclen a mi hermana en esto. Yo sé que voy a morir y quiero que lo sepan todo porque... porque usted es un

policía. ¿Verdad?

—FBI —murmuró.

—¡Oh! ¿Seguían detrás de esto? Yo pensé que...

—Se equivoca, Brent, pero hable. No mezclaré a su hermana.

—Mac Nally, sé que ella le estima. No le conoce pero le estima. Ayúdela. No tiene a nadie.

—Lo haré, si ella quiere.

Brent confesó.

—Aquello fue un accidente. Wyatt y yo descubrimos al hombre.

—Esto ya lo sé. Faltan los detalles. ¿Quién le mató?

—Fue un accidente. Tratamos de averiguar quién era. Se escondía en una vieja barraca. Allí guardaba el dinero. Conseguimos sorprenderle y él huyó con el maletín.

Le dimos alcance y yo le encañoné con el revólver. El se abalanzó sobre mí. Peleamos y el arma se disparó. Murió en el acto.

Tras una pausa, y cada vez con mayor dificultad, Brent prosiguió:

—Fue un accidente, y sólo lo sabíamos Wyatt y yo. Allí había mucho dinero.

—Y decidieron quedárselo.

—Sí, sé que está mal. ¿Pero cómo estábamos nosotros? El pueblo estaba condenado a desaparecer, había que empezar una vida nueva. Todos vivíamos soliviantados. Doolittle iba a ser un lugar próspero, pero se suspendieron las obras, aquel dinero era como una compensación. Después de todo ya se daba por perdido.

—¿Y usted y Wyatt se lo repartieron para ir a jugárselo?

—¿Cómo la sabe?

—No importa, siga.

—Sólo fue durante un par de semanas. En aquel garito no hacen preguntas, pero algunos de aquellos billetes estaban marcados. Tenían la numeración tomada, por eso la policía pudo seguirles el rastro. Los del garito consiguieron desaparecer y nosotros cerramos la boca para que jamás pudieran saber la verdad.

—¿Y qué hicieron con el dinero? —inquirió Mac Nally.

—No podíamos devolverlo para optar al premio que daba la compañía. Era demasiado arriesgado. Aquel tipo ya llevaba muerto demasiado tiempo, si hubiesen encontrado su cadáver hubieran podido sospechar. Wyatt era partidario de esperar a que pasara el

tiempo, pero yo quería destruirlo. Una noche discutimos sobre ello en el viejo almacén donde lo guardábamos. Llegamos a las manos.

En su relato, Brent rememoró el transcurso de la pelea, a la luz de un viejo quinqué. En el local no había luz eléctrica, por otra parte no les interesaba que nadie pudiera descubrirles.

Wyatt y Brent cambiaron varios golpes. En uno de ellos, Wyatt cayó contra la mesa donde estaba la luz. El quinqué cayó desparramando el líquido. El fuego prendió rápidamente en la madera reseca que ardió como la yesca.

Las llamas alcanzaron la caja de madera y cubierta de paja donde guardaban el dinero. Ardió rápidamente.

—No fue posible salvar ni un centavo —concluyó Brent.

—¿Es ésa la verdad?

—Le doy mi palabra, Mac Nally. ¡Por mi hermana!

—Pero usted continúa todos los sábados ausentándose.

—Tengo que ir al garito. Le debía dinero. Tuve que explicarles la verdad y... Bueno, ahora les hago algunos trabajos, primero para pagar y luego para... ayudarme con algunos dólares extras... Mi trabajo se iba a terminar pronto. ¿Sabe? Pero..., va a acabar todavía antes de lo que... esperaba.

Aún trató de decir algo más, pero ya no le quedaba aliento.

Poco después Brent murió.

## CAPÍTULO XVIII

El *sheriff* del condado había puesto a disposición de Mac Nally un coche oficial que condujo el propio agente, llevando consigo a Marina.

—Dime la verdad —musitó ella de camino—. ¿Qué fue lo que hizo mi hermano? Tú hablaste con él el último... ¿Qué te dijo?

—Me pidió que cuidara de ti.

—¡Te dijo algo más!

—Marina. Tu hermano ha muerto ya.

—Mató a aquel hombre. ¿Verdad? ¿Quieres ocultármelo para que no sufra? ¿No crees que la duda es peor?

—Tal vez tengas razón. Lo que pretendo es que olvides. Mira. Vamos a dar la vuelta y te llevaré a Nueva York.

—No, ahora no, Nett.

—¿Por qué no?

—No lo sé, Nett. Tú eres un policía y Brent...

—Escucha, Marina, eso no importa ahora. Y te lo demostraré.

Tras una pausa añadió:

—Hubo cierta vez un matrimonio que no congeniaban bien. Ambos eran excelentes personas, pero el único hijo que tenían no supo apreciarlo así. El matrimonio llevaba separado algún tiempo y el hijo se marchó de casa a los dieciocho años. Un día se enteró que su madre había muerto, fue al entierro y volvió por una temporada con su padre. El pobre hombre lloraba y se acusaba a sí mismo de no haber sabido ofrecer a su esposa la vida que le correspondía, se acusó de cobardía y desde entonces germinó en su mente una idea funesta, pero el hijo no se molestó jamás en saber en qué consistía esa idea, volvió a dejarle solo, y aquel hombre perdió la razón, y un día cometió un robo importante en la Compañía de Seguros donde trabajaba.

Tras una breve pausa, Mac Nally, sin dejar de observar el

sendero, continuó:

—Seguramente lo hizo para demostrarse a sí mismo que no era tan cobarde. No lo sé. Fue la peor chiquillada o tal vez la explosión de alguien que jamás ha sabido salir de su mediocridad. Alguien se aprovechó de su acción para disfrutar el dinero. Dicen que su muerte fue un accidente. Esto lo he sabido ahora, pero antes yo ignoraba lo que le había pasado realmente, pero sigamos...

Otra pausa y concluyó:

—El hijo de ese hombre, paradójicamente, había entrado a formar parte del FBI. Como es fácil comprender, cuando la oficina federal tomó cartas en el asunto, al hijo le fue denegada toda intervención. Tuvo que esperar su primer permiso, ya que siempre le denegaban el poder actuar por su cuenta. Ya ves. Un padre ladrón y un hijo con los federales.

—¡Nett!

—Sí, Marina. No pretendo justificar a mi padre. Yo sé que fue una locura lo que hizo. Se dejó llevar por un mal momento. Sé que hubiera acabado devolviendo el dinero. Prefiero pensarlo así aunque no lo pueda probar. Por último, deseaba encontrarle por lo menos.

—Pero tú buscabas a...

—A Teddy Smirnow.

—Pero tu padre...

—Mi padre solía utilizar a veces ese nombre. Era el personaje de una novela que empezó a escribir. Creo que la inventó para contarme, cuentos cuando yo era chico. Le gustaba explicarme aventuras de Teddy Smirnow. Más tarde supe que algunas veces utilizaba ese nombre, cuando no le interesaba que le reconocieran. Pensé que tal vez lo había adoptado en su fuga. Pudo ser éste u otro nombre, pensé que pudo haber cambiado incluso su rostro, por eso mi intención al buscarle fue más que nada para que supiera que era yo quien le buscaba. Si estaba por aquí con el nombre de Smirnow, alguien me llevaría hasta él. Si se escondía bajo otro nombre u otro rostro acabaría por enterarse, y nos encontraríamos. No ha servido de nada. Acaso sólo para descubrir que ya no existe.

Y Mac Nally guardó silencio. Ya no tenía su sonrisa sarcástica en los labios, parecía haber envejecido.

En el pueblo, el *sheriff* federal y sus hombres procedieron al arresto de Wyatt.

También el tipo barbudo fue llevado a prisión preventiva para interrogarle. Mac Nally ya había firmado su declaración como testigo y el *sheriff* del condado conocía el nombre de la muchacha desaparecida: Norah Carpenter, era hija de una familia del condado; el rubio y el tipo de las barbas habían intentado asaltarla. Ella se resistió y la golpearon, pero consiguió escapar campo a través y entrar en El Parador para pedir auxilio. Todo esto, naturalmente, se dedujo después de haber encontrado el cadáver, escondido tal como había predicho Mac Nally.

Las deducciones hicieron suponer a los investigadores que la muchacha, perseguida muy de cerca, sólo tuvo tiempo de llegar hasta los lavabos y allí le descerrajaron un par de tiros. La autopsia reveló los golpes y los balazos mortales. El arma homicida fue encontrada tirada sobre los hierbajos del patio de una de las casas deshabitadas, y con ella las huellas del tipo de la barba. Con todas las pruebas ya casi no hacía falta la confesión del culpable.

## EPÍLOGO

Seis meses después en Nueva York...

Mac Nally salió del «Metro», subió de cuatro en cuatro los escalones y corrió en dirección a los Grandes Almacenes Hopkins. Habían cerrado ya y todo el personal estaba saliendo. Consultó contrariado el reloj y masculló algo entre dientes. Entonces escuchó una voz que le preguntaba:

—¿Buscas a alguien?

Se volvió sonriendo. Era ella. Marina. Vestía de modo distinto, estaba cambiada, pero seguía tan hermosa, aunque menos llamativa.

Se besaron en la calle.

—¿Todo bien?

—Hoy ha habido un poco más de trabajo. Teníamos rebajas en la sección y no hay mujer que se pierda unas buenas rebajas.

—Para compensarte iremos a cenar. ¿Aceptas?

—¿Celebremos algo?

—Cuatro días de permiso.

—¡Oh!

—Tengo que ir a Oklahoma... Van a juzgar al asesino de la chica y de paso tengo que ratificar mi declaración contra Lou Charlie.

El rostro de la muchacha se ensombreció por unos instantes.

—Bueno. Esto es cosa mía... Ahora, a cenar, y luego..., donde quieras.

—De acuerdo, jefe —sonrió ella, reaccionando. Se había hecho el firme propósito de no recordar el pasado, enterrarlo para siempre, y tenía a un buen compañero, muy empeñado en complacerla.

Como dos chiquillos, cogidos de la mano, se mezclaron entre la riada humana de cualquier calle céntrica de Nueva York.

FIN



# **SORTEO DEL MILLON**

## **PISO Y COCHE O UN MILLON**

**SOLO PARA ESPAÑA** ¡UN MAGNIFICO PI-  
SO Y UN MODERNO  
COCHE PUEDEN SER SUYOS!  
O SI LO PREFIERE

## **¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!**

Basta con que resida en España y nos envíe el  
cupón que, junto con las instrucciones y bases  
para tomar parte en este sensacional sorteo,  
hallará en las últimas páginas de todas las  
novelas que Editorial Bru-  
guera, S. A. publica en sus  
populares colecciones fe-  
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA  
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute  
de unas horas de grata lec-  
tura, envíe el cupón ... y



**¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.**



